

Charles y Mary Lamb

cuentos

Romeo y Julieta

El rey Lear

Otelo

Macbeth

Hamlet

Noche de Reyes

El sueño de una noche de verano

1

Romeo y Julieta

APULETOS y Montescos eran los nombres de dos familias ricas y

C principales de Verona entre las cuales existían antiguas discordias que se

extendían a todos los parientes, amigos y criados de las dos casas, y llegaban a

tal grado de mortal enemistad que no podían encontrarse un Capuleto y un

Montesco sin cruzarse fieras palabras y, a veces, derramamiento de sangre. Esos choques eran tan frecuentes que vinieron a perturbar gravemente la plácida tranquilidad de Verona.

El anciano señor Capuleto dio un baile al que fueron invitados muchos nobles caballeros y admiradas damas de la ciudad. Todos los que llegaban eran bien recibidos con tal que no fueran del otro bando.

A esta fiesta de los Capuletos asistía Rosalinda, la desdeñosa amada de Romeo, el hijo y heredero de los Montescos. Aunque era muy peligroso para un Montesco ser visto en tal reunión, Benvolio, amigo de Romeo, le persuadió para que asistiera de máscara, así podría ver a su Rosalinda y compararla con otras damas, las cuales le harían pensar que su adorada Rosalinda no era perfecta.

Poca fe tenía Romeo en las palabras de Benvolio; mas, por amor a Rosalinda, se dejó persuadir y allá fue. Era Romeo un sincero y apasionado amante, de tal modo que por amor perdió el sueño y huía de la sociedad para pensar a solas en su Rosalinda, mientras ella, por su parte, le desdeñaba y no correspondía a su amor con la más leve señal de afecto o cortesía. Por esto deseaba Benvolio curar de este amor a su amigo, haciéndole ver mucha gente y a muchas damas.

Fueron, pues, a la fiesta de los Capuletos, Romeo y Benvolio con su amigo

Mercucio, los tres de máscara. Los recibió amablemente el señor Capuleto, y les aseguró que disfrutarían de la velada bailando con alguna de las damas invitadas. El anciano estaba festivo y alegre, y añadió que cuando era joven

también él se había disfrazado para susurrar un cumplido al oído de una mujer.

Mientras bailaban, Romeo quedó súbitamente asombrado de la soberana

hermosura de una invitada, cuya belleza podía fulgurar en la noche como una

rica joya resplandeciente. Era una joven demasiado angelical para andar por la

tierra, y le pareció entre las otras mujeres como una blanca paloma entre cuervos.

Como Romeo hacía esas alabanzas en voz alta, fue oído por Tibaldo, sobrino de los Capuletos, el cual le reconoció por el timbre de su voz. Tibaldo,

con su iracundo y feroz temperamento, no pudo sufrir con paciencia que un Montesco, aun bajo máscara, viniese a hacer burla y desprecio de sus fiestas; rabió, y tronó, y quiso dar una paliza a Romeo hasta dejarle muerto. Pero su tío, el anciano señor Capuleto, le refrenó vivamente en aquel momento, ya por respeto a sus huéspedes, ya porque Romeo se había portado como un perfecto caballero y toda Verona se hacía lenguas de sus buenas prendas. Forzado a la paciencia contra su voluntad, Tibaldo se contuvo; pero juró que en otra ocasión aquel vil Montesco pagaría cara su intrusión.

Terminado el baile, Romeo vigiló a la joven que tanto le había maravillado, y, escondiéndose tras su máscara, se acercó a ella y le tomó cortésmente la mano, diciéndole que aquella mano era un relicario y que si la profanaba con tocarla, expiaría su falta, como ruboroso peregrino, besándola.

—Buen peregrino —respondió la dama—, tu devoción se muestra fina y cortés en demasía: los santos tienen manos que pueden los peregrinos tocar, mas no besar.

—¿No tienen labios los santos, y los peregrinos también? —dijo Romeo.

—Sí —replicó la dama—, labios para la oración.

—¡Oh!, pues, santita mía —exclamó Romeo—, oye mi oración y concédeme lo que pido, no sea que me desespere.

En esas alusiones y requiebros de amor estaban enredados, cuando la dama fue llamada por su madre. Indagó Romeo quién era esta, y supo entonces que la joven cuya belleza le había herido era Julieta, la hija y heredera de los Capuletos, los grandes

enemigos de los Montescos, y que así había entregado su corazón sin saberlo a su enemiga. Igual desasosiego experimentó Julieta al saber que el caballero con quien había conversado era Romeo el Montesco, porque también se había encendido en ella la súbita y fulminante pasión y le pareció el colmo del amor amar a su enemigo y poner su amor donde por su cuna debía poner sus odios.

A medianoche salió Romeo con sus compañeros, pero éstos le perdieron pronto de vista. No sabiendo alejarse del palacio donde había dejado el corazón, Romeo escapó y saltó los muros del huerto de la casa de Julieta. Al poco de estar allí escondido, pensando en su nuevo amor, apareció Julieta en una ventana. Su celestial hermosura pareció asomar como un sol en el oriente, y aun creyó Romeo que la luna se ponía más pálida ante el nuevo sol. Al ver que Julieta apoyaba la mejilla en su enguantada mano, deseaba Romeo ser el guante de aquella mano para tocar esas mejillas. Entretanto, Julieta, que pensaba estar sola, dio un suspiro, exclamando: «¡Ay de mí!» Se extasió Romeo al oír aquella voz, y dijo para sí: «¡Oh!, habla otra vez, ángel rutilante, porque tal me pareces como un alado mensajero del cielo a quien no pueden los mortales mirar sin deslumbrarse.» Y ella, no sabiendo que la oía, llena de la nueva pasión nacida aquella noche, llamaba por su nombre al amante que suponía ausente, y decía: «¡Oh, Romeo, Romeo!, ¿por qué has de ser Romeo? Niega a tu padre, deja su nombre por mi amor; o si no quieres, júrame amor y yo dejaré a los Capuletos.» Animado por estas palabras, quiso Romeo contestar pero, deseoso de oír más, se contuvo, y la dama continuó su apasionado soliloquio, riñendo a Romeo por ser Montesco, deseándole otro nombre, y que a cambio de este sacrificio la tomase a ella toda entera. Ante esa explosión de amor, ya no pudo Romeo

contenerse y, entablando un diálogo, le dijo que no le llamase por su nombre, que le llamase Amor o con cualquier otro nombre, ya que el suyo le desagradaba. Julieta se alarmó al oír una voz de hombre en el jardín, y no

conoció al principio quién sería el que en las tinieblas de la noche había descubierto su secreto; pero cuando oyó de nuevo aquella voz, aunque sólo la

había oído antes en unas pocas palabras, el amor le hizo comprender que era Romeo. Le reprendió Julieta por haberse expuesto a un gran peligro saltando los muros del huerto, pues si algunos de sus parientes le hallasen allí, siendo Montesco, le harían pagar con la vida su atrevimiento.

—¡Ah! —dijo Romeo—; hay más peligro en tus ojos que en veinte de sus espadas. Mírame amorosamente, Julieta, y estoy a prueba de su enemistad. Preferible sería que terminase mi vida por su odio a que se prolongase sin tu amor.

—Y ¿cómo viniste aquí? —dijo Julieta—, ¿quién te guió?

—El amor —respondió Romeo—; no soy marino, pero si tú estuvieras más allá de los más remotos mares, me lanzaría al mar para conseguir tan gran tesoro.

El rubor cubrió de carmín el rostro de Julieta, pero Romeo no lo vio por ser de noche; la joven comprendió que, involuntariamente, había revelado su amor.

Hubiera querido retirar sus palabras, pero ya era imposible. Hubiera querido guardar las formas como las señoras discretas, mantener a su amante a distancia, mirarle con ceño, desdeñarle y mostrar indiferencia, para que así con

la dificultad de la conquista se viese aumentado el precio de la victoria; pero en su caso no había lugar a estas artes y estratagemas para alargar el noviazgo.

Romeo había oído una confesión de amor cuando ella no imaginaba que pudiese oírla. Así que, con noble franqueza, muy disculpable en tal situación,

confirmó Julieta su amor, y llamándole dulce Montesco (el amor endulza un nombre amargo), le rogó que no achacase su confesión a ligereza ni malicia, sino a la casualidad de aquella noche, que así descubrió sus pensamientos. Y añadió que si su conducta podía parecer imprudente midiéndola por la costumbre, no obstante sería ella más leal y constante que muchas cuya prudencia es disimulo y cuya modestia no es más que astucia.

Romeo puso a los cielos por testigo de que nada estaba tan lejos de su alma como el poner ni sombra de deshonor en tan alta señora; pero ella le detuvo y le suplicó que no jurase, pues aunque dichosa de su amor, no estaba satisfecha de su propia conducta, tan ligera, pronta y temeraria. Quiso Romeo cambiar en aquel mismo instante una promesa de amor, y le respondió Julieta que ya se la había dado antes involuntariamente, y que se la repetía porque su generosidad era, como el mar, infinita, y su amor, también como el mar, profundo.

De esta amorosa conversación fue Julieta distraída por la voz de su ama, que solía dormir en su habitación, y creyó que ya era hora de acostarse, pues empezaba a lucir el alba. Se retiró Julieta, pero en seguida volvió presurosa y dijo tres o cuatro palabras más a Romeo para indicarle que si su amor era en verdad honroso y pensaba en el matrimonio, le enviaría un mensajero al día siguiente con objeto de señalar el día de la boda, en el que pondría a sus pies su fortuna y le seguiría como a señor por todo el mundo. Mientras determinaban este punto, el ama llamó una y otra vez a Julieta, pero ésta entraba y salía, y volvía a entrar y salir, porque parecía tan celosa de Romeo como la niña que tiene un pájaro atado con un hilo de seda, que le deja saltar un poco y vuelve a tomarlo. Y Romeo tampoco sabía irse, porque la música más dulce para los amantes es el sonido de sus voces en la noche. Por fin se separaron, deseándose mutuamente descanso y dulce sueño.

Amanecía y a Romeo, lleno de pensamientos de amor y de aquel bendito encuentro nocturno, le era imposible dormir, y en vez de irse a su casa se fue al cercano monasterio para ver a fray Lorenzo. El buen fraile, que estaba ya levantado y entregado a sus devociones, al ver tan temprano a Romeo conjeturó que no se habría acostado, sino que alguna inquietud amorosa le quitaba el sueño. Fundada era su conjetura, pero se equivocó al pensar que la causa de su insomnio era Rosalinda. Y cuando Romeo le reveló su nueva pasión por Julieta y pidió al fraile que los casase aquel mismo día, el santo varón levantó las manos y los ojos al cielo profundamente asombrado del súbito cambio de amor de Romeo, pues ya sabía cuánto amaba a Rosalinda y sus quejas por los desdenes de esta. Así, pues, dijo que el amor de los jóvenes, más que en el corazón está en los ojos. Replicó Romeo que el mismo fray Lorenzo le había reprendido su ceguera por Rosalinda, que no correspondía a su amor, mientras que Julieta era amada y amante. Comprendió el fraile estas razones, y creyendo que la alianza matrimonial de Julieta y Romeo podría terminar las prolongadas discordias de Capuletos y Montescos, cosa que nadie lamentaba tanto como él, amigo de ambas familias, movido en parte por el amor a la concordia y en parte por su cariño al joven, consintió en bendecir la unión de la enamorada pareja. Romeo se sintió feliz. Julieta, que recibió la buena nueva por el mensajero enviado según su promesa, acudió temprano a la celda de fray Lorenzo y allí celebraron el santo matrimonio, rogando el fraile al cielo que mostrara sobre aquel acto la más dulce sonrisa y que en la unión de aquellos jóvenes quedasen enterradas las disensiones y luchas de Capuletos y Montescos. Terminada la ceremonia, Julieta se fue a su casa y esperó impaciente la noche en que Romeo volvería al huerto como en la anterior. Le pareció el día

interminable y fastidioso, como al niño que espera a mañana para estrenar un vestido nuevo.

Aquel mismo día, a primeras horas de la tarde, Benvolio y Mercucio paseaban por las calles de Verona y toparon con Tibaldo, a la cabeza de algunos

Capuletos. Éste era el mismo irascible Tibaldo que quiso pelear con Romeo la noche anterior en el baile. Viendo a Mercucio, Tibaldo, le acusó ásperamente de asociarse con Romeo el Montesco. Mercucio, que tenía la sangre tan joven y ardiente como Tibaldo, replicó vivamente a la acusación y, a pesar de cuanto dijo Benvolio para apaciguar los ánimos, empezaba la riña cuando Tibaldo vio a Romeo que pasaba, y le lanzó al rostro el nombre de villano. Quería Romeo evitar riñas con Tibaldo por ser primo de Julieta y muy estimado de ella.

Además, el joven Montesco no se había inmiscuido mucho en las discordias de familia. Era prudente y de apacible carácter, y el nombre de Capuleto, el de su señora, era ya para él un hechizo de paz más que incentivo de furia. Así,

procuró parlamentar con Tibaldo, le saludó dulcemente con el nombre de buen Capuleto como si él, aunque Montesco, sintiera un secreto placer en pronunciar aquella palabra. Pero Tibaldo, que odiaba a los Montescos, no quiso escuchar

razones y sacó el arma; Mercucio, que ignoraba el motivo que tenía Romeo para desear la paz y consideraba su paciencia como indigna sumisión, incitó a Tibaldo con duras palabras a proseguir la lucha. Lucharon, pues, Mercucio y

Tibaldo, y a pesar de cuanto hicieron Romeo y Benvolio para contener a los combatientes, siguieron estos furiosos hasta que Mercucio cayó muerto. Perdió

entonces Romeo la calma, devolvió a Tibaldo el nombre de *villano* y riñeron a su vez hasta que Romeo mató a Tibaldo.

La noticia de este mortal combate en las calles, al mediodía, se esparció al momento por todo Verona y atrajo multitud de ciudadanos, entre ellos a los

señores Capuleto y Montesco y a sus señoras. Llegó luego el príncipe, el cual, siendo pariente de Mercucio, el muerto por Tibaldo, y cansado ya de tantas discordias, estaba resuelto a cumplir estrictamente la ley contra los delincuentes. Ordenó, pues, a Benvolio, como testigo ocular, que refiriese el origen del conflicto, y obedeció aquel contando la verdad, excusando a Romeo y a sus amigos. La señora Capuleto, deseando vengar la muerte de su sobrino Tibaldo, exhortó al príncipe a cumplir con la más rigurosa justicia contra el asesino y a no aceptar la relación de Benvolio, amigo de Romeo y Mercucio; así, por ignorancia del secreto matrimonio, instaba la señora contra su propio yerno. Por otra parte, la señora Montesco pedía vivamente la vida de su hijo, arguyendo con justicia que Romeo no había faltado al matar a Tibaldo, asesino de Mercucio y provocador de todos. El príncipe, sin conmoverse por las apasionadas palabras de las mujeres, después de bien examinados los hechos pronunció sentencia desterrando de Verona a Romeo.

Tristes noticias llegaron a Julieta, pocas horas antes novia de Romeo, ahora casi esposa divorciada. Al principio pensó mal de Romeo, que había matado a su querido primo, y le llamaba hermoso tirano, angélico demonio, palomacuervo, cordero con garras de lobo, corazón de serpiente con cara de flores, y otros nombres igualmente extravagantes que denotaban sus luchas entre el amor y el resentimiento. Pero al fin venció el amor, y las lágrimas que derramara porque Romeo había matado a Tibaldo se convirtieron en gotas de

alegría porque vivía su esposo, a quien su primo quería matar. Vinieron después nuevas lágrimas, y éstas ya sólo eran por el destierro de Romeo.

Después de la lucha, Romeo se refugió en la celda de fray Lorenzo, donde recibió aviso de la sentencia del príncipe, sentencia que le pareció más terrible que la muerte. Se figuraba que para él no había más mundo fuera de los muros de Verona, ni más vida fuera de la vista de Julieta. Donde estaba Julieta, allí estaba el cielo, y todo lo demás era purgatorio y tormento. El buen fraile quería

aplicar el consuelo de la filosofía a sus dolores, pero aquel frenético joven no quería oírle, sino que, como loco, se tiraba de los cabellos y se revolcaba por tierra para tomar, según decía, la medida de su sepulcro. Un mensaje de su esposa amada calmó un tanto su desesperación, y el fraile aprovechó la ocasión para reprenderle por su debilidad tan poco varonil. Había matado a Tibaldo, pero ¿iba también a matarse a sí mismo y a matar a su dulce señora, que sólo vivía por su vida? El hombre, decía fray Lorenzo, no es sino un montón de polvo si le falta valor para sostenerse. La ley había sido blanda para con él, ya que en vez de la pena de muerte, en que había incurrido, solamente le imponía el destierro. Había matado a Tibaldo; pero éste quería y podía haberle matado a él: esto era una buena suerte. Julieta vivía, y contra toda esperanza era su esposa; esto era una felicidad. Todos estos razonamientos los desechaba Romeo portándose como una niña mimada y revoltosa. Y el fraile hubo de reprenderle, diciéndole que fuese con cuidado, pues los que se entregan a la desesperación suelen morir miserablemente. Cuando Romeo se hubo calmado un poco, le aconsejó el fraile que fuese aquella noche a despedirse en secreto de Julieta, y que luego se fuera inmediatamente a Mantua, donde residiría hasta que él hallase ocasión de hacer público su matrimonio, lo cual podría ser un medio de reconciliar a las familias, y entonces no dudaba que el príncipe concedería el indulto y Romeo podría volver con un gozo veinte veces mayor que el dolor presente. Romeo se convenció por estos consejos del fraile y se despidió para ir a ver a su señora, proponiéndose estar con ella toda la tarde y partir para Mantua al rayar el alba. El fraile le prometió que allí le mandaría cartas de cuando en cuando para que supiera el estado de cosas en Verona.

Pasó la noche Romeo con su querida esposa, pudiendo entrar secretamente en su aposento desde el huerto en que habían conversado la noche anterior. Fue una noche de alegría y delicias, pero los placeres de esa noche de amor estaban mezclados de tristeza y amargura por la tragedia del día anterior y por el destierro del siguiente. Les pareció que la aurora venía demasiado pronto, y cuando Julieta oyó el canto matutino de la alondra quiso persuadirse de que era el canto del ruiseñor en la noche; pero en verdad era la alondra quien cantaba, y a Julieta le pareció que su canto era desagradable y discordante. Los primeros resplandores del día aparecieron también por el oriente, y todo indicaba a los amantes que ya era la hora de partir y separarse. Se despidió Romeo con el corazón dolorido, prometiendo escribir a Julieta desde Mantua cada hora del día. Cuando hubo ya bajado por la ventana al jardín, le miró Julieta, y en aquel triste y fatal momento le pareció verle muerto en el fondo de una tumba.

Iguals pensamientos tuvo Romeo, pero se vio forzado a desecharlos y a partir presurosamente, porque le esperaba la muerte si le encontraban después de amanecer por las calles de Verona.

Esto fue sólo el principio de la tragedia de estos infortunados amantes.

Pocos días después de haber salido Romeo para el lugar de su destierro, el anciano señor Capuleto propuso un novio a Julieta: el conde Paris, joven, noble, valiente, dotado de las mejores prendas que pudiera ambicionar Julieta si no hubiera conocido a Romeo.

Aterrorizada ante tal proposición, Julieta se encontró en la más triste perplejidad. Alegó que aún era muy joven para el matrimonio; que estaba de

luto por la reciente muerte de Tibaldo, la cual no le dejaba humor para recibir al novio con alegría, y que hasta parecía indecoroso en la familia celebrar una

boda cuando aún no habían terminado los funerales. Alegó contra el matrimonio todos los motivos que pudo menos el mayor, el de estar ya casada.

Pero el señor Capuleto se hizo el sordo a todas las excusas, y de forma autoritaria mandó a su hija que se preparase, porque al jueves siguiente se

casaría con el conde Paris. Habiéndole hallado un marido rico, joven, noble, tal que podría aceptarle con gusto la más orgullosa doncella de Verona, no podía soportar el padre que por timidez (como suponía) pusiera ella obstáculos a su buena fortuna.

En esta situación, Julieta acudió al fraile amigo, siempre su consejero en la desgracia. Le preguntó fray Lorenzo si tendría bastante valor para adoptar un remedio desesperado, y respondiendo ella que antes bajaría viva al sepulcro que casarse con Paris viviendo su querido esposo, le aconsejó el fraile que se fuese a su casa, se mostrase alegre y diera su consentimiento al nuevo matrimonio según deseos de su padre, y en la noche siguiente, la anterior al matrimonio, que se bebiera el contenido de un frasco que le entregó. Aquello la haría dormir profundamente, con todas las apariencias de la muerte, durante cuarenta y dos horas. Cuando el novio fuera por ella a la mañana, la hallaría muerta; y entonces la llevarían descubierta en el féretro (según costumbre del país) para enterrarla en el panteón de la familia. Si pudiese vencer el miedo y consentir en esta terrible prueba, a las cuarenta y dos horas exactas después de bebido el líquido se despertaría como de un sueño. Entretanto él habría avisado a Romeo, el cual vendría y se la llevaría consigo a Mantua durante la noche. El amor, por un lado, y el miedo a casarse con Paris, por otro, dieron a Julieta el ánimo para someterse a tan terrible aventura. Así, tomó el frasco y prometió al fraile que seguiría sus indicaciones.

Al salir del monasterio encontró al joven conde Paris, y con modesto disimulo le prometió que sería

su esposa. Alegres nuevas fueron estas para el señor Capuleto y su mujer, y el anciano pareció rejuvenecer ya que Julieta aceptaba al conde Paris. Todo en la casa estaba revuelto por la próxima boda, y no se reparó en gastos para las fiestas, que habían de ser de las más sonadas de Verona. El miércoles por la noche, Julieta iba a tomar el bebedizo. Tuvo recelos de que fray Lorenzo, para evitar las murmuraciones por su matrimonio, le hubiera dado un veneno, pero pensó que todos le tenían por santo. Luego le asaltó el pensamiento de que podía despertar antes de la llegada de Romeo, y quizá se volviera loca al encontrarse en la tumba, entre huesos de muertos y cerca del cadáver ensangrentado de Tibaldo. Y aun pensó en los cuentos que había oído sobre las almas que vagan por esos lugares. Pero pudo más el amor a Romeo y la aversión a París; tomó, pues, la bebida y quedó insensible.

Cuando el joven Paris vino por la mañana con músicos para despertar a su novia, se encontró que el aposento nupcial se había convertido en capilla ardiente. ¡Qué confusión reinaba en todo el palacio! El pobre Paris se lamentaba de su mala fortuna y maldecía a la muerte, que le había divorciado de su esposa ya antes del matrimonio. Pero todavía eran más lastimeros los gemidos del señor Capuleto y su esposa, que, no teniendo más hijos que aquella amantísima niña para alegrarse, la muerte, ¡cruel!, se la arrancaba de los brazos poco antes de un ventajoso y brillante casamiento. Todo lo que estaba dispuesto para las fiestas nupciales se dedicó a las fiestas fúnebres. Las alegrías de la boda sirvieron para un triste entierro, los himnos de amor se trocaron en cantos mortuorios, los instrumentos de baile en melancólicos campaneos, y las flores de la novia adornaron su cadáver. En vez de un sacerdote para desposarla, vino el sacerdote para enterrarla; y la pobre Julieta fue a la iglesia no para aumentar

las esperanzas de los vivos, sino el número de los muertos.

Las malas noticias viajan más veloces que las buenas. Romeo recibió la triste noticia de la muerte de su adorada antes de que llegase el mensajero de fray Lorenzo para decirle que la muerte era aparente y que Julieta estaría en la tumba sólo un breve tiempo, esperando que Romeo viniese a llevársela sana y salva. Poco antes precisamente estaba Romeo alegre y animado. Había soñado que él mismo estaba muerto (extraño sueño que permite al muerto estar pensando), que llegaba Julieta y a fuerza de besos le hacía resucitar y luego

alcanzaba la dignidad de emperador. Y cuando vio llegar al mensajero de Verona creyó que seguramente venía a confirmarle buenas noticias, según los

augurios de sus sueños. Mas cuando oyó lo contrario, que su señora había

muerto efectivamente y no podía resucitarla con sus besos, mandó ensillar caballos para irse al momento a Verona y ver a su esposa en la tumba. Y como

el mal entra rápido en el pensamiento de los desesperados, se acordó de un

pobre boticario por cuya tienda había pasado poco antes, y por la miseria del

hombre y de su tienda se había dicho, quizá como presagio del desastre: «Si

alguien necesita un veneno, aunque el venderlo se castiga en Mantua con la

pena capital, aquí hay un pobre desgraciado a quien no le arredra el castigo.»

Le vinieron a la memoria estas palabras, se fue a la botica y, vencidos algunos

escrúpulos, ofreciendo un oro al que la pobreza no podía resistir, Romeo obtuvo un veneno que, una vez tomado, le enviaría pronto al otro mundo

aunque tuviese el vigor de veinte vidas.

Con este veneno en el bolsillo, partió para Verona a fin de ver a su esposa en la tumba, pensando que después de la visita ingeriría el veneno y sería

enterrado a su lado. Llegó a Verona a media noche y se fue al cementerio, en

cuyo centro estaba situado el antiguo panteón de los Capuletos. Se había provisto de una luz, de un azadón y de otros instrumentos, y procedía a forzar

la tumba cuando fue interrumpido por una voz que, con el insulto de vil Montesco, le mandaba desistir de aquella profanación. La voz era del conde

Paris, que a tal hora de la noche había ido a la tumba de Julieta para esparcir flores y lágrimas. Ignoraba Paris qué interés tenía Romeo en la muerta, pero sabiendo que era Montesco y suponiéndole enemigo jurado de los Capuletos, creyó que iba de noche para profanar a sus muertos. Por esto, en tono airado, le mandó desistir, y aun quería detenerle como criminal condenado por las leyes de Verona si se le encontraba dentro de la ciudad. Romeo instó a Paris a que le dejase y le aconsejó por el hado de Tibaldo, allí muerto, que no provocase su ira y le pusiera otro pecado en la conciencia forzándole a matarle. Pero el conde menospreció el consejo y sujetó a Romeo para prenderle como un criminal. Resistió Romeo, lucharon, y Paris cayó muerto.

Cuando Romeo acercó la luz al cadáver y vio que era Paris, el que debía casarse con Julieta según le habían dicho viniendo de Mantua, le tomó la mano como compañero de infortunio y dijo que le haría un entierro glorioso en la misma tumba de Julieta, que abrió en un momento. Allí vio a su adorada tan fresca aún que parecía como si la muerte no tuviese valor para alterar su incomparable hermosura o como si el monstruo de la muerte estuviese enamorado de ella y la conservase para sus delicias. Cerca de ella estaba Tibaldo en su ensangrentado sudario, y viéndolo Romeo le pidió perdón, y por amor a Julieta le llamó primo. Romeo se despidió de Julieta con un beso y maldiciendo su mala estrella ingirió el veneno. Entretanto se acercaba la hora en que Julieta despertaría de su falsa muerte para quejarse de que Romeo llegaba tarde o había llegado demasiado pronto.

Y, en efecto, llegó el momento en que, según predicción de fray Lorenzo, la muerta despertaría. Sabiendo ya que su mensajero no había podido hallar a Romeo en Mantua, vino el fraile personalmente, con una linterna y un pico,

para sacar a Julieta de la tumba, pero quedó sorprendido y asombrado al ver que ardía una luz en el panteón de los Capuletos, y más al ver allí sangre y espadas, y a Romeo y Paris que yacían allí cerca sin aliento.

Antes de que pudiese formar una conjetura sobre todo aquello, despertó

Julieta y, viendo cerca al fraile, recordó lo pasado y por qué estaba allí, y preguntó por Romeo; pero fray Lorenzo, oyendo ruido, la mandó que saliese de

aquel lugar de muerte y de sueño, porque una fuerza mayor había alterado sus

planes. Espantado por el rumor de gente que venía, el fraile escapó. Julieta vio

el frasco en las manos de su amor, y adivinando que había muerto envenenado,

hubiera querido beber la última gota si alguna hubiera quedado. Besó a Romeo en los labios por si en ellos encontraba todavía veneno para morir con él, y al oír

ruido de gente que se acercaba, desenvainó rápidamente una daga que llevaba

consigo y la hundió en su corazón, muriendo al lado de su leal Romeo.

En esto llegó la guardia. Un paje del conde Paris, testigo de la lucha de su

señor con Romeo, había dado la alarma, que se propagó a todos los ciudadanos,

los cuales corrieron confusamente por las calles de Verona gritando: «¡Paris!

¡Romeo! ¡Julieta!», según les llegaban los rumores, hasta que el tumulto hizo

levantar de sus camas a los señores Montescos y Capuletos, y aun al príncipe,

para saber las causas de aquellos disturbios. Fray Lorenzo había sido preso por

la guardia al salir del cementerio, pues el pobre temblaba, suspiraba y lloraba

de manera sospechosa. Se reunió gran multitud en el panteón de los Capuletos,

y el príncipe mandó al fraile que dijese cuanto sabía acerca de aquellos extraños

desastres.

Contó fray Lorenzo toda la verdad de lo que había pasado exponiendo sus

intenciones, que la fatalidad había frustrado. El paje de Paris refirió la lucha de

su señor con Romeo. Un criado de Romeo entregó cartas de éste a sus padres que confirmaron la narración de fray Lorenzo. Así pudo el príncipe reconstruir todos los hechos, y dirigiéndose a los Capuletos y Montescos les reprendió por su brutal enemistad y les mostró el terrible azote que les había mandado el cielo, que por los amores de sus hijos castigaba los bárbaros odios de familia. Y aquellos viejos rivales, deponiendo toda enemistad, resolvieron enterrar sus querellas en la tumba de sus hijos. El señor Capuleto pidió al señor Montesco que le permitiese estrechar su mano y que le tuviese por hermano y amigo en memoria de la alianza de sus hijos. El señor Montesco respondió que le daría más que la mano, porque levantaría a Julieta una estatua de oro puro a fin de que mientras existiese Verona ninguna otra estatua fuese más estimada por su riqueza y hermosura que la de aquella fidelísima doncella. El señor Capuleto, a su vez, prometió levantar otra estatua igual a Romeo. Así estos pobres ancianos, aunque tarde, rivalizaron en cortesías cuando en pasados tiempos había sido tan mortal su enemistad y su odio que sólo el espantoso desastre de sus hijos pudo desarraigar los celos y rencores de aquellas nobles familias.

2

El rey Lear

LEAR, rey de la Gran Bretaña, tenía tres hijas: Gonerila, esposa del duque de Albania; Regana, esposa del duque de Cornval, y Cordelia, joven y soltera, cuya mano se disputaban el rey de Francia y el duque de Borgoña, para lo cual estaban ambos en la corte de Lear.

El rey estaba muy envejecido por los años y por las fatigas del gobierno.

Era ya ochentón, y así, determinó abandonar los negocios del Estado, entregándolos a los jóvenes, y prepararse para la muerte, que ya no podía

tardar. A tal efecto, llamó ante sí a sus tres hijas para oír de sus labios cuál le quería más, a fin de dividir entre ellas su reino conforme se merecieran por su amor.

Gonerila, que era la mayor, declaró que amaba a su padre más de lo que podía expresar con palabras, más que la luz de sus ojos, más que la libertad y la vida, y siguió ponderando su amor en hinchadas frases más propias de un amor ficticio que del verdadero y sencillo amor. El rey Lear se complacía en oír de labios de su hija aquellas explosiones de afecto creyendo que salían del corazón y, lleno de paternal cariño, regaló a Gonerila y a su marido la tercera parte de su reino.

Llamó entonces a la hija segunda, y le pidió que expresara su amor por su padre. Regana, que era del mismo bajo metal que Gonerila, no estuvo menos apasionada, y aún añadió que las frases de su hermana le parecían poco expresivas para relatar su amor a su padre, de tal modo que todas las alegrías y deleites del mundo le parecían insípidos si los comparaba con el placer que sentía en amar a su padre y a su rey. Lear se sintió feliz en tener tan amantes hijas, y no pudo por menos, después de oír a Regana, de concederle a ella y a su marido otro tercio de su reino igual al de Gonerila.

Se volvió entonces a la hija menor, Cordelia, a quien llamaba su gozo y su alegría, y le preguntó también si le amaba, esperando sin duda regalarse los oídos con otras expresiones parecidas a las anteriores y aún más lisonjeras, por ser Cordelia su favorita. Pero Cordelia, disgustada por las adulaciones de sus hermanas, cuyo corazón estaba lejos de sus labios, conociendo que tan halagadoras frases tenían por fin deponer al rey para reinar ellas con sus maridos, contestó sencillamente que amaba a Su Majestad según era su deber, ni más ni menos.

Asombrado el rey ante esa apariencia de ingratitud en su hija favorita, la amonestó para que considerase sus palabras y las enmendase, no fuese que con ellas pusiera en grave riesgo su fortuna.

Respondió Cordelia que su padre era su padre, que le había dado la vida y el amor, y que ella correspondía como era justo cumpliendo sus deberes de buena hija, y le obedecía, le amaba y le honraba profundamente; pero que no podía pronunciar aquellos altisonantes discursos de sus hermanas ni prometer no amar a otro en el mundo. ¿Por qué se habían casado sus hermanas si, como decían, no amaban más que a su padre? Si ella se casase, estaba segura de que su esposo querría la mitad de su amor y de sus cuidados y atenciones, y por eso ella no se casaría como sus hermanas.

Cordelia quería en verdad a su anciano padre casi tanto como sus hermanas fingían quererle, y así se lo habría dicho en cualquier ocasión con más

filiales frases y más finas expresiones; pero tras los lisonjeros y engañosos discursos de sus hermanas, que les habían valido tan extraordinarios galardones, creyó que lo mejor sería amar y callar, porque esto ponía su amor a

salvo de sospechas mercenarias y mostraba que no iba en busca de ganancias al hacer profesiones de amor.

Lear creyó que esa llaneza de palabras era orgullo y desprecio. Ya en sus mejores días era irascible y temerario, y en su avanzada edad tenía de tal modo ofuscada la razón que no distinguía la verdad de la lisonja ni las frases falsas de las palabras cordiales. Enfurecióse, pues, al oír a Cordelia, de tal modo que la desposeyó de la parte del reino que le reservaba, y repartió esta parte entre sus dos hijas mayores y sus maridos. Llamó luego a estos, los duques de Albania y Cornwall, y en presencia de sus cortesanos les entregó el reino con todo el poder, rentas y gobierno, reservándose únicamente el título de rey. Entregó toda su

realidad, con la sola condición de que él, con cien caballeros, sus servidores, había de ser mantenido por meses alternos en los palacios de sus dos hijas.

Esta real disposición, tan imprudente y apasionada, llenó a los cortesanos de asombro y dolor, pero ninguno de ellos se atrevió a decir nada excepto el conde de Kent, que empezó a pronunciar algunas palabras en favor de Cordelia. Se irritó más el rey, y mandó a Kent que callase so pena de muerte.

Pero Kent había sido siempre leal a Lear, honrándole como rey, amándole como padre y siguiéndole como jefe, y nunca había estimado su vida sino para jugársela contra los enemigos del rey, ni temía perderla cuando de su rey se

trataba. Ni siquiera en aquellos momentos en que Lear parecía su enemigo, olvidó Kent sus principios; antes se opuso a Lear por el bien de Lear mismo, y

sólo pareció descortés porque el rey estaba loco. Le recordó que siempre había sido su fiel consejero y le suplicó que oyese su consejo como otras veces había

hecho, porque respondía con su vida de que Cordelia no le amaba menos

aunque sus palabras no fuesen huecas y altisonantes. Cuando el poder se entrega a la lisonja, el honor debe acudir a la llaneza. Y en cuanto a las amenazas de Lear, ¿qué podía este hacer a un servidor como Kent, cuya vida

estuvo siempre al servicio de su rey? Esas amenazas no le desligaban del deber de hablar.

La honrada franqueza de Kent sólo sirvió para encender más las iras del

rey, el cual, como un enfermo loco que mata a su médico por amor a la enfermedad, desterró a tan leal consejero, concediéndole sólo cinco días para

salir del reino y amenazándole con la muerte si al sexto día se le hallaba en sus

dominios. Se despidió Kent diciendo al rey que si tal era su conducta, mayor

destierro sería quedarse que irse; encomendó a la protección del cielo a Cordelia, que tan recta y discretamente había pensado y hablado, y deseando

que los ampulosos discursos de sus hermanas dieran frutos de amor, partió

para seguir sus principios y conducta en otros países.

El rey de Francia y el duque de Borgoña fueron llamados para oír la decisión del rey acerca de su hija menor y para que dijese si persistían en sus

pretensiones a la mano de Cordelia cuando no le quedaba más fortuna que su persona. El duque de Borgoña declinó el matrimonio, no queriendo a Cordelia en tales condiciones. Pero el rey de Francia, sabiendo que la falta de Cordelia sólo se debía al amor a la verdad y al desprecio a la lisonja, la tomó por la mano, dijo que sus virtudes eran una dote superior a su reino y le suplicó que se despidiese de su padre y hermanas y se fuese con él para ser reina de la bella Francia, y aun llamó al de Borgoña duque acuoso, porque todo su amor se había escurrido en un momento como agua.

Cordelia, con los ojos llorosos, se despidió de sus hermanas y les suplicó que amasen a su padre cumpliendo sus promesas de amor. Le respondieron ellas que se guardara sus consejos, que conocían su deber, y que se cuidara de su marido, que la tomaba como limosna de la fortuna. Partió Cordelia con el corazón apesadumbrado porque conocía la maldad de sus hermanas y deseaba para su padre mejor compañía y protección.

Apenas se hubo ido Cordelia, empezaron a mostrarse a la luz del día las diabólicas disposiciones de sus hermanas. Antes ya de terminar el primer mes que Lear, según lo acordado, había de pasar con su hija mayor, Gonerila, el anciano rey empezó a palpar la diferencia que hay entre las promesas y las realidades. Aquella miserable hija, después de arrancar a su padre cuanto podía darle, hasta la corona, comenzó a refunfuñar por aquellos pequeños restos de realeza que el anciano se había reservado para darse el gusto de ser todavía rey. No podía soportar el verle con sus cien caballeros. Cada vez que se encontraba

con su padre le ponía un gesto hosco, y cuando el anciano quería hablar con ella fingía estar enferma o daba cualquier excusa para evitar la entrevista. Se veía claro que consideraba la vejez de su padre como inútil carga y a sus caballeros como gastos innecesarios. No sólo ella faltaba en consideraciones al rey, sino que, por ejemplo, y quizá por sus secretas indicaciones, también los criados trataban al anciano con negligencia, y a menudo se negaban a obedecer sus órdenes o fingían despectivamente no oírlas. Lear no pudo por menos de ver ese cambio de conducta en su hija, pero cerró los ojos a ello mientras pudo, pues no le agradaba comprobar las malas consecuencias de los errores cometidos.

El amor y la lealtad no se apagan con los desdenes, como el egoísmo y la falsedad no se ganan con los favores. Se vio lo primero en el buen conde de Kent, el cual, aunque desterrado por Lear y con peligro para su vida, resolvió quedarse y aceptar las consecuencias mientras pudiera ser útil al rey. ¡Qué cambios y disfraces ha de adoptar a veces la pobre lealtad! Pero nada encuentra bajo ni indigno si puede conducir al cumplimiento del deber. Despojado de sus pompas y grandezas, disfrazado de sirviente, el buen conde ofreció sus servicios al rey. Este no le conoció, pero encantado de cierta llaneza o más bien rudeza que notó en aquel criado al conversar con él y algo curado por la experiencia de su amor a la lisonja, tomó a su servicio al recién venido con el nombre de Cayo, según dijo llamarse, sin sospechar que ese Cayo pudiera ser su antiguo favorito, el muy alto y poderoso conde de Kent.

El supuesto Cayo halló pronto medio de mostrar lealtad y amor a su real dueño. Aquel mismo día, el mayordomo de Gonerila, sin duda instruido por ella, se portó irrespetuosamente con Lear, dirigiéndole palabras y miradas insolentes. Cayo, no pudiendo sufrir tal afrenta al rey, derribó de un puñetazo al grosero y le metió en la perrera. Por este buen servicio, Lear cobró más cariño

a su nuevo criado.

Mas no era Kent el único amigo de Lear. En su grado, en su insignificancia, también le quería entrañablemente el tonto o bufón que había tenido en su antiguo palacio, según costumbre de reyes y grandes, que tenían bufones para divertirse. Ese pobre bufón quiso quedarse con Lear aun después de abandonar éste la corona, y con sus dichos ingeniosos le conservaba el buen humor, aunque alguna vez se burlaba de su imprudencia en destronarse y darlo todo a sus hijas, y aun cantaba el estribillo:

Lloran ellas de alegría,

Y canto yo de dolor,

Porque juega al escondite

Entre tontos mi señor.

Y así, con dichos burlescos y trozos de canciones, de las cuales sabía muchas, este honrado y agradecido bufón derramaba su alma aun en presencia

de Gonerila, a quien picaba con amargos chistes. Comparaba al rey con el pájaro que alimenta a los pequeños cuclillos hasta que estos han crecido y le muerden la cabeza por sus favores. Decía que hasta el asno sabe cuándo el carro arrastra a los caballos, refiriéndose a las hijas de Lear, que, debiendo ir detrás, iban delante de su padre. Añadía que Lear ya no era Lear, sino la sombra de Lear. Por estas libertades le amenazaron alguna vez con azotarle.

La frialdad e insolencia que Lear empezó a ver no fue todo lo que ese necio padre hubo de sufrir de su hija. Se atrevió Gonerila a decirle claramente que su estancia en el palacio era una inconveniencia mientras persistiese en tener sus cien caballeros porque esta guardia era inútil y costosa y sólo servía para llenar la corte de festines y tumultos; en consecuencia, le rogó que disminuyese el

número y que sólo tuviese consigo ancianos, como correspondía a su vejez.

Al principio, Lear no podía creer a sus ojos y oídos; no podía creer que

fuera su hija quien le hablaba con tal crueldad. No podía figurarse que ella,

después de recibir de él la corona, pudiera querer disminuirle el séquito y

regatearle el respeto debido a sus años. Persistió Gonerila en su injusta demanda, y el anciano se enojó de manera que la llamó detestable gavián,

añadiendo que mentía al acusar a sus caballeros, hombres sobrios y de buena

conducta que, lejos de darse a festines y tumultos, cumplían exactamente sus

deberes. Y mandó que ensillasen los caballos para irse al instante al palacio de

su hija Regana con sus cien caballeros. Habló de la ingratitud, demonio de

corazón de roca, más horrible en una hija que el monstruo de mar, y maldijo

con palabras horrendas a su hija mayor Gonerila, rogando al cielo que no le

diese hijos o, si se los diese, que vivieran para devolverle el desprecio que ella

mostraba con su padre, para que sintiese que una hija ingrata era peor que una

serpiente venenosa. El duque de Albania, marido de Gonerila, quiso excusarse

de toda participación en aquellas faltas, pero Lear no se dignó escucharle, sino

que mandó nuevamente que ensillasen los caballos para irse con sus seguidores

al palacio de su otra hija, Regana. Y pensó Lear cuan pequeña había sido la falta

de Cordelia (si era falta) cuando la comparaba con la crueldad de Gonerila. El

pobre anciano lloró amargamente, y avergonzóse luego de no poder contener

su llanto y de sentir odio contra su hija.

Regana y su marido tenían su palacio y su corte con gran pompa y lucimiento. A ellos mandó Lear a su criado Cayo con cartas a su hija para que

preparase la recepción mientras llegaba él con su séquito. Pero Gonerila se le

había anticipado, enviando cartas a Regana en que acusaba a su padre de tener

un carácter insufrible y pretensiones excesivas, y le aconsejaba que no recibiese el numeroso séquito que llevaba. El mensajero llegó al mismo tiempo que Cayo. Los dos se encontraron, y este último reconoció en aquél a su antiguo enemigo el mayordomo de Gonerila, aquel a quien había derribado de un puñetazo por sus insolencias con el rey. Cayo, disgustado con aquel hombre y sospechando a qué iba, empezó a recriminarle y le desafió a pelear; pero se negó el cobarde y con justa ira le propinó una solemne paliza como se merecía aquel malandrín portador de malvados mensajes. Llegada la noticia a oídos de Regana y su marido, mandaron que pusieran a Cayo en el cepo aunque era mensajero del rey su padre y como tal mereciese el mayor respeto. Así, cuando llegó Lear al palacio, lo primero que vio fue a su fiel Cayo en aquella desgraciada situación. Mal augurio fue éste, pero aún le esperaba algo peor. Al preguntar por su hija y por el marido de ésta, le contestaron que estaban cansados de un largo viaje y no podían salir. Insistió Lear de forma airada e imperativa en que salieran a saludarle, y cuando lo hicieron vio con sorpresa a Gonerila con ellos: la mala hija se había adelantado a contar sus historias para que su hermana se pusiera contra el rey su padre. Esto conmovió profundamente al anciano, y mucho más al ver que Regana daba la mano a Gonerila. Lear preguntó a esta si no se avergonzaba de mirar su barba blanca. Regana le contestó que se volviera con Gonerila, que viviese en paz con ella, que le pidiese perdón y despidiera a la mitad de sus caballeros, porque era ya anciano, le faltaba prudencia y debía dejarse guiar por personas más capacitadas. Replicó Lear que por qué su hija le humillaba negándole alimentos y vestidos, arguyendo contra esa inhumana dependencia y declarando su resolución de no volver a ella, sino de quedarse con Regana con

sus cien caballeros, pues esta no habría olvidado que a él debía la mitad del reino y sus ojos no eran feroces como los de Gonerila, sino dulces y cariñosos. Y añadió que antes de volverse a Gonerila con medio séquito, se iría a Francia y pediría una miserable pensión al noble rey que había tomado sin dote a su hija menor.

Pero se engañaba Lear esperando de Regana mejor tratamiento que de Gonerila. Como si quisiera vencer a su hermana en filial impiedad, dijo Regana que le parecían demasiado cincuenta caballeros y que le bastarían veinticinco. Entonces Lear, consternado, se dirigió a Gonerila y díjole que se volvía con ella, pues cincuenta era el doble de veinticinco, y así su amor doblaba también al de Regana. Pero Gonerila se excusó diciendo que para qué veinticinco, ni aun diez o cinco, cuando podía estar bien servido por los criados de ellas. Así estas hijas, rivalizando en crueldad con su padre, querían quitarle poco a poco todo séquito, toda ostentación que le quedaba (bien mezquina en verdad) para mostrar que había sido rey. Ciertamente no es esencial para la felicidad el tener

espléndido séquito; pero es duro cambio el pasar de rey a mendigo, de gobernar un reino a no tener un compañero. Mas lo que partía el corazón de

aquel pobre y anciano rey, más que el sufrimiento por la falta de séquito, era la ingratitud de sus hijas al quitárselo, de tal modo que con esta doble insolencia y molestia empezó a perder el seso, y mientras decía cosas incoherentes juró venganza contra aquellas brujas y hacer en ellas un escarmiento que sería el terror de toda la tierra.

Mientras estaba así amenazando con lo que su débil brazo era incapaz de ejecutar, avanzaba la noche con una estruendosa tempestad de truenos y rayos y abundante lluvia. Insistían las hijas en no admitir a los cien caballeros, y Lear mandó traer los caballos para irse con todos, prefiriendo desafiar las furias de la

tempestad a quedarse bajo el techo de sus ingratas hijas. Dijeron éstas que las desgracias que se buscan los hombres voluntariamente no son más que un justo castigo, y dejaron que su padre se fuese en tan malas condiciones, cerrando tras él las puertas del castillo.

Duros eran los vientos, y aumentaron la tempestad y la lluvia cuando el anciano Lear salió a combatir con los elementos, menos crueles aún que sus hijas. Por espacio de muchas millas alrededor apenas había un arbusto, y en aquel páramo, expuesto a la furia de la tempestad en una noche oscura, anduvo errante el rey Lear desafiando a los vientos y a los truenos, deseando que el huracán echase la tierra al mar o que hinchara las olas del mar hasta que ahogase a la tierra, hasta que no quedase rastro de ese ingrato animal que se llama hombre. En aquella confusión, sólo quedó al rey un compañero, el pobre bufón, que le seguía de cerca, esforzándose con alegres chistes por burlarse de la mala fortuna, diciendo que aquella noche no era a propósito para nadar en ella y que mejor fuera volverse y pedir la bendición de las malas hijas, y jurando que era aquélla una noche bastante fría para refrescar el orgullo de una señora.

Así, pobremente acompañado, halló el antes gran monarca a su antes consejero el conde de Kent transformado en el fiel criado Cayo, el cual dijo a

Lear:—¡Ah, señor! ¿Aquí está? Hasta las aves nocturnas huyen de noches como esta. Esa tempestad ha metido a todos los animales en sus madrigueras. ¿Cómo puede soportarla un hombre?

Lear le respondió diciendo que no sentía aquel pequeño mal ante los males mayores. Cuando el ánimo está en sosiego, puede el cuerpo ser delicado; pero la tempestad del alma quita el dolor de los sentidos. Y habló de la ingratitud filial, y dijo que lo pasado era como si la boca destrozase la mano que le da el

alimento, porque los padres son para sus hijos como las manos, el manjar y todas las cosas.

Pero Cayo insistió en que el rey no debía estar a cielo abierto y, por fin, le persuadió para que entrase en una miserable choza que había en aquel páramo. Entró en ella primero el bufón, y súbitamente retrocedió aterrorizado diciendo que había visto un duende. Mas al mirar de cerca resultó que el duende no era más que un mendigo que se había cobijado en la choza y con sus gritos espantó al bufón. Era uno de esos lunáticos que o son locos o fingen serlo para mejor arrancar limosnas de la gente compasiva. Tal era aquel mendigo, pero el rey, viéndole en tal estado, sin más que una sábana para cubrir su desnudez, creyó que era algún padre que todo lo había dado a sus hijas, porque se figuraba que todo infortunado era víctima de unas hijas ingratas.

Por este y otros desatinos comprendió el buen Cayo que Lear no estaba bien de la cabeza, sino que por la mala conducta de sus hijas se estaba volviendo loco. Entonces la lealtad del conde de Kent se manifestó en más altos servicios. Con auxilio de algunos servidores del rey que le permanecían leales, al amanecer llevó al monarca al castillo de Dover, donde tenía Kent amigos e influencia. Embarcó luego para Francia, corrió a la corte de Cordelia y en breves y conmovedoras palabras le expuso la desgraciada situación del rey su padre, y pintó con vivos colores la inhumanidad de sus hermanas. La buena y amante Cordelia, llorando amargamente, suplicó a su marido el rey que le permitiese embarcar para Inglaterra con bastantes tropas para someter a sus hermanas y restituir el reino a su padre. Obtenido el permiso, partió con el ejército real y desembarcó en Dover.

Lear, que habíase escapado por inadvertencia de sus guardianes, fue hallado por los soldados de Cordelia extraviado por los alrededores de Dover

en lastimosa situación: loco de remate y cantando en voz alta, coronado con una diadema de paja y ortigas y otras hierbas que había recogido en el campo. Por consejo de los médicos, aunque contra sus deseos, Cordelia se abstuvo de ver a su padre hasta que por el sueño y las medicinas estuviera más calmado y normal. Por los cuidados de aquellos hábiles médicos, a quienes Cordelia prometió todo su dinero y sus joyas si curaban a su padre, pronto Lear estuvo en condiciones de ver a su hija.

Tierna y conmovedora fue la entrevista. Lear luchaba entre la alegría de ver a su hija favorita y la vergüenza en recibir tantas filiales caricias de ella cuando la había desheredado por tan leve falta. Luchando estos sentimientos con los restos de su enfermedad, apenas conocía el rey medio enloquecido el lugar donde estaba ni quién era la que tan dulcemente le hablaba y le cubría de besos.

Y rogando a los presentes que no se burlasen de él si se equivocaba pensando que aquella señora era su hija Cordelia, caía de rodillas ante ella y le pedía

perdón. Cordelia se arrodillaba a su vez pidiéndole que la bendijese y diciéndole que no le tocaba a él arrodillarse, sino a ella, que era su hija verdadera y leal. Cordelia le besaba, según decía, para arrancar a fuerza de

besos la crueldad de sus hermanas. Seguidamente le explicó a su padre que venía de Francia para ayudarlo, y éste la pidió que le perdonase y que olvidara, porque había sido necio y no supo lo que hacía.

Dejemos al anciano rey con su amante hija mientras se repone del trastorno causado por la ingratitud y crueldad de las otras hijas, y digamos algunas palabras sobre ellas.

Gonerila y Regana, después de ser falsas con su padre no era probable que fuesen leales con sus maridos. Pronto se cansaron de guardar hasta las formas del amor y del deber, y mostraron que habían puesto su amor en otro hombre.

Casualmente, el hombre a quien amaban las dos era el mismo, Edmundo, hijo natural del último conde de Gloucester, que por sus traiciones y malas artes había conseguido hacer desheredar a su hermano Edgar, el heredero legítimo, para heredar él mismo las riquezas y el título. Era un malvado, el más adecuado para las perversas Gonerila y Regana. Por aquellos días murió el duque de Cornwall, marido de Regana, y la viuda declaró su intención de casarse con el conde de Gloucester. Esto despertó los celos de Gonerila, la cual halló el modo de deshacerse de su hermana por medio de un veneno. Sabido esto por su marido, el duque de Albania, y conocido su culpable amor, ordenó que Gonerila fuese encarcelada, y en un ataque de pasión y de rabia acabó ella misma con su vida. Así, la justicia alcanzó a estas hijas perversas.

Mientras el mundo contemplaba el fin de las dos hijas del rey, hubo de ser testigo también del triste destino de la joven y virtuosa Cordelia, cuyas buenas obras parecían merecer otro premio; pero es una terrible verdad que no siempre triunfan la inocencia y la virtud en la tierra. Las tropas de Gonerila y Regana, al mando del conde de Gloucester, consiguieron la victoria, y Cordelia, por manejos del conde, que no quería estorbos para subir al trono, acabó su vida en la cárcel.

Lear le sobrevivió poco tiempo. Antes de morir, el conde de Kent, siempre fiel, quiso explicarle cómo le había servido de criado con el nombre de Cayo, pero la debilitada inteligencia de Lear no podía comprender cómo podían ser una misma persona su criado Cayo y su gran consejero Kent. Murió Lear y luego le siguió a la tumba su leal consejero, lleno de años y dolor.

Cómo murió el conde de Gloucester en duelo con su hermano, y cómo subió al trono de Inglaterra el duque de Albania, que era inocente de la mala conducta de su mujer, Gonerila, no tiene interés contarlos, porque aquí sólo nos

interesa el cuento del rey Lear y sus tres hijas.

3

Otelo

RABANCIO, rico senador de Venecia, tenía una hermosa hija, la gentil Desdémona, la cual era asediada por muchos pretendientes, ya por sus virtudes, ya por sus futuras riquezas. Entre todos los pretendientes, no hallaba uno en quien poner su amor, porque esta noble mujer consideraba el alma y el corazón más que las facciones de los hombres, y por una singularidad digna de admirarse, había escogido por objeto de sus amores a un moro ___ de tez oscura a quien su padre quería mucho y a quien frecuentemente invitaba a su casa.

Tenía Otelo todas las altas cualidades que podían recomendarle como novio de la más grande señora. Era militar muy valiente, y por su conducta en

feroces guerras contra los turcos había llegado a ser general de las tropas venecianas, siendo estimado grandemente por el Estado.

Había sido gran viajero, y Desdémona (según costumbre de la época) le oía con gusto contar sus aventuras desde sus más remotos recuerdos. Refería las batallas, los sitios por donde había pasado; los peligros que había corrido por mar y por tierra; la muerte que tan cerca había visto al entrar por una brecha o al marchar hacia la boca de un cañón; cómo había sido prisionero de enemigos insolentes y luego vendido por esclavo, y cómo se condujo en tal situación y escapó. Todas esas historias, añadidas a la narración de cosas extrañas vistas en

lejanos países, vastos desiertos, románticas cavernas, montañas cuyas cimas se confunden con las nubes; tierras por explorar y una raza de gente en África cuyas cabezas crecen por debajo de los hombros. Todos estos relatos encadenaban de tal modo la atención de Desdémona, que si por asuntos perentorios de la casa tenía que ausentarse, lo despachaba todo corriendo para

volver a oír las narraciones de Otelo. Una vez rogó Desdémona a Otelo que le

Del título original en inglés, cuya traducción es: *Otelo, el Moro de Venecia* (N. del E.).

contase toda su vida y por orden, pues sólo la había oído por partes. Accedió él, y ella derramó abundantes lágrimas al oír las desgracias de su heroica juventud.

Después de estas lágrimas, acompañadas de suspiros, Desdémona dijo que todo aquello le parecía muy extraño, maravilloso y lastimoso; que, por una parte, deseaba no haberlo oído y, por otra parte, querría haber sido un héroe como aquél, y le dio las gracias a Otelo, y añadió que si él tenía un amigo enamorado de ella, no había de hacer sino enseñarle a contar aquellas historias para que ella correspondiera a su amor. Con esta indirecta, dicha con modestia y franqueza y acompañada de seductores modales y rubores que Otelo comprendió perfectamente, se atrevió éste a una declaración amorosa, y consiguió de Desdémona el consentimiento para un secreto matrimonio.

Otelo no esperaba que Brabancio le aceptase por yerno. El noble senador dejaba libre a su hija, pero esperaba de ella que, según costumbre de las damas nobles de Venecia, escogería un marido de noble estirpe y de rango senatorial. Pero se engañó en esto. Desdémona le quiso y le dedicó su corazón y su fortuna por las brillantes cualidades que le adornaban. Tan rendida tenía el alma a su elegido, que hasta el color de su piel, invencible obstáculo para otras damas, le pareció superior a los cutis blancos y sonrosados de sus nobles pretendientes de Venecia.

Se celebró el matrimonio secretamente, pero luego trascendió al público y llegó a los oídos de Brabancio. Se irritó este y acudió al consejo del Senado acusando a Otelo de haber seducido a su hija Desdémona con hechizos y brujerías y de haberse casado con ella sin consentimiento del padre y contra las leyes de la hospitalidad.

Y sucedió en aquellos días que el Estado de Venecia necesitaba los servicios

de Otelo, porque llegaron noticias de que los turcos preparaban ejércitos y flotas para reconquistar la importante isla de Chipre, que los venecianos poseían y necesitaban conservar. En este apuro, el Estado volvió los ojos a Otelo, considerándole como el único capaz de defender a Chipre contra los turcos. Así, Otelo, al presentarse ante el Senado, era a la vez candidato a un alto puesto del gobierno y presunto reo de graves delitos que las leyes de Venecia castigaban con la pena capital.

La vejez y nobleza de Brabancio exigían del Consejo la mayor atención, pero Brabancio presentó sus acusaciones con tal ira y falta de pruebas, que cuando Otelo contó sencillamente la verdad de la historia de sus amores, el duque y juez presidente hubo de confesar que Otelo también hubiera conquistado a su propia hija; que las artes de Otelo eran simplemente las artes honradas del amor, y que la brujería no era otra cosa que su destreza en mantener una conversación inteligente capaz de cautivar a una mujer.

Las declaraciones de Otelo las confirmó Desdémona en pleno Consejo, y añadió que, teniendo a su padre todo respeto y amor por deberle la vida y la educación, profesaba más alto respeto a su marido, como había hecho su propia madre al preferir a Brabancio contra la oposición del padre de ella.

Ante esas declaraciones, Brabancio tuvo que ceder y rendirse entregando su hija a Otelo, y diciendo que se alegraba de no tener más hijos porque con esta experiencia se habría convertido en tirano de ellos para que no desertaran como Desdémona.

Solventada esta dificultad, Otelo, tan acostumbrado a las asperezas de la vida militar como otros hombres a las dulzuras del hogar doméstico, se encargó con gusto y buen ánimo de la guerra de Chipre; y Desdémona, prefiriendo los honores y peligros de su marido a las ordinarias delicias de la luna de miel, consintió muy complacida en acompañarle.

Llegaron a Chipre Otelo y Desdémona, y luego les vinieron noticias de que una violenta tempestad había dispersado la armada turca, con lo cual estaba la isla segura de todo peligro de ataque. Pero empezó para Otelo una nueva y peor guerra, y los enemigos que la malicia movió contra su inocente esposa resultaron más atroces que los extranjeros armados.

Entre los amigos del general, ninguno gozaba más de la confianza de Otelo que Casio. Era Miguel Casio un joven militar de Florencia, alegre, amable y de finos modales, muy atractivo para las mujeres; era hermoso y elocuente, hecho expresamente para despertar celos en un viejo (como Otelo lo era, relativamente) casado con una mujer joven y hermosa. Pero Otelo estaba tan libre de celos como lleno de nobleza, y era tan incapaz de sospechar mal como de hacer una mala obra. Había empleado a Casio en sus amores con Desdémona haciéndole servir de mensajero, de correveidile, porque el valiente guerrero era algo tímido en negocios de amor. Así, no es raro que Desdémona, con la debida circunspección y modestia, quisiera a Casio y le tuviese confianza. No se alteró por el matrimonio la conducta de Desdémona y de Otelo para con su joven amigo. Casio frecuentaba la casa de ellos, y su charla vivaz y alegre no desagradaba a Otelo, aunque de carácter serio, porque es frecuente en tales caracteres el divertirse con sus contrarios como alivio a la opresión del propio. Por esto Casio y Desdémona reían juntos, como en los días en que él le echaba piropos a cuenta de su buen amigo «el Moro».

Otelo había promovido poco antes a Casio al grado de teniente, puesto de confianza inmediato al general. Esta promoción disgustó profundamente a Yago, viejo oficial que se creía con más derecho que Casio para aquel puesto y que solía ridiculizar a Casio como bueno sólo para estar con las damas y del todo ignorante e inhábil para las cosas de la guerra. Yago detestaba a Casio y

detestó igualmente a Otelo, ya por haber favorecido a Casio, ya porque sospechaba que era demasiado amigo de su propia mujer, Emilia. Por esas

fantásticas provocaciones, el intrigante Yago se formó un horrible plan de venganza que llevase la ruina juntamente a Casio, Otelo y Desdémona.

Era Yago artificioso y astuto y había estudiado profundamente el corazón humano. Sabía que entre todos los tormentos que afligen al ser humano, mil veces peores que los tormentos del cuerpo, el peor de todos, el más intolerable, el de más agudo aguijón, son los celos. Si pudiera conseguir que Otelo tuviera celos de Casio lograría la más exquisita y cruel venganza y podía terminar en la muerte de Casio, de Otelo o de ambos, que lo mismo le daba.

La llegada a Chipre del general y su esposa, junto con la nueva de la dispersión de la armada turca, llenó la isla de alegría y de fiestas: todos se

entregaron a festines y algazaras. Casio tenía aquella noche la dirección de la guardia, con estricto encargo de cuidar que los soldados no cometieran excesos en el beber a fin de evitar tumultos que pudieran molestar a los habitantes o disgustarlos con los soldados recién llegados. Y aquella noche empezó Yago sus malignos planes. So capa de amor y lealtad al general, Yago incitó a Casio a darle a la botella, falta grave en un oficial de guardia. Resistió Casio algún tiempo, pero no pudo seguir resistiéndose ante la honrada franqueza que Yago fingía, y empezó a beber copa tras copa mientras Yago escanciaba y cantaba.

Soltóse la lengua de Casio en loor de Desdémona, por quien brindó repetidas veces, afirmando que era la más exquisita entre las mujeres. Por fin, el enemigo que se metía por la boca le robó el seso. Entró un malandrín (enviado por Yago), provocó al borracho, relucieron las espadas. Montano, digno oficial que vio la pelea, quiso apaciguarla y salió herido. Hubo un alboroto general y Yago, el verdadero autor de todo, fue el primero en esparcir la alarma, haciendo sonar la

campana del castillo como si hubiera un serio motín en vez de una leve riña de borrachos. La campana despertó a Otelo, el cual, vistiéndose apresuradamente, compareció en el lugar y preguntó a Casio. Este, ya algo sereno, sintió vergüenza de contestar, y Yago, fingiendo repugnancia en acusar a Casio, forzado por Otelo, que quiso saber toda la verdad, contó a su modo el cuento

callando su propia falta (que Casio no recordaba), y con pretexto de excusar a Casio dejó entender que este era el único culpable. El resultado fue que Otelo, exacto cumplidor de la disciplina, se vio obligado a deponer a Casio del grado de teniente.

Así triunfó Yago completamente en la primera parte de su intriga. Ya tenía minado y derribado a su rival, pero todavía le quedaba por sacar otro resultado de aquella noche desastrosa.

Casio, arrepentido de aquella desgracia, se lamentó con su falso amigo

Yago de haber llegado a ser tan tonto que se convirtiera en una bestia. Estaba

perdido porque ¿cómo pedir al general que le restituyera a su puesto? Le respondería que era un borracho. Y se despreció a sí mismo. Yago, tomándolo a

broma, le dijo que el hombre más sobrio puede embriagarse por casualidad una

vez, y que sólo quedaba poner el remedio posible. Le aconsejó que acudiese a

Desdémona, que todo lo podía con Otelo, que ella era el verdadero general, que

era de carácter franco y amable y le conseguiría pronto volver al favor de Otelo,

y añadió que ese rompimiento pasajero contribuiría a fortificar la amistad y la

confianza. Buen consejo, sin duda, si Yago no lo hubiese empleado para perversas maquinaciones, como luego se verá.

Siguió Casio el consejo de Yago, acudiendo a Desdémona. Desdémona se

dejó ganar para tan honrado negocio y prometió a Casio encargarse con toda

solicitud de su causa. La buena señora tomó el asunto con tal empeño, que

inmediatamente rogó dulcemente a su marido que perdonase a Casio y le volviera su favor. Otelo, aunque mortalmente ofendido por Casio, no podía

negar nada a Desdémona, y así únicamente le pidió algún tiempo, porque

estaba demasiado cercano el agravio. Pero ella insistió, disputando el tiempo, pidiendo que fuese la noche siguiente, o la mañana después, o al siguiente día

lo más tarde. Luego alegaba que Casio estaba muy arrepentido y humillado,

que su falta no merecía tan gran castigo. Y cuando Otelo aún quería esperar,

ella le dijo:

—¡Cómo, señor! ¿Es posible que haya de suplicar yo tanto en favor de

Casio, Miguel Casio, el que me enviabas a cortejarme para ti y el que te defendía cuando yo te censuraba? Me parece que lo que pido es bien poca cosa;

cuando haya de poner a prueba tu amor, te pediré cosas mucho mayores.

A tal intercesor no podía Otelo negarse, y así prometió el perdón y favor

para Casio luego que hubieran pasado unos días.

Antes de esta escena, Otelo y Yago habían entrado juntos en el salón donde

estaba Desdémona, y al entrar ellos salía por otro extremo Casio después de

implorar la protección de la señora. Yago, al verle, dijo pícaramente en voz baja

y como hablando consigo mismo:

—No me gusta eso.

No se fijó mucho Otelo en estas palabras, y las súplicas de Desdémona que

luego siguieron se las hicieron olvidar por completo, aunque más tarde las

recordó. Porque luego que se fue Desdémona, Yago, como por pura curiosidad,

preguntó a Otelo si Miguel Casio conocía sus amores cuando hacía la corte a

Desdémona. Respondió afirmativamente el general, y aún añadió que durante

el noviazgo Casio había servido de mensajero y mediador. Yago frunció el ceño

como si recibiera nueva luz sobre un problema terrible, y exclamó:

—¿De veras?

Esto hizo recordar a Otelo las palabras que Yago había dejado caer al entrar en el salón, y comenzó el general a sospechar que había en todo esto algún misterio. Creía que Yago era un hombre bueno y honrado, y le pareció que todas aquellas indicaciones significaban algo demasiado grave para decirse claramente, y así rogó a Yago que diera voz a sus pensamientos por malos y amargos que fuesen.

—Y ¿qué sucedería —dijo Yago— si en mi pecho hubieran entrado pensamientos viles, como entran seres viles en el mejor palacio?

Y siguió diciendo que sería lástima que por sus imperfectas observaciones entrase la inquietud en el alma de Otelo; que no era conveniente para la paz de Otelo el que éste supiera aquellos pensamientos; que no debe quitarse el buen nombre a las personas por ligeras sospechas. Y cuando con tan misteriosas y solemnes palabras hubo excitado hasta el exceso la curiosidad del general, fingiendo gran interés por su sosiego, le suplicó que se guardase mucho de los celos. Con esas artes despertó aquel gran bribón sospechas en el cándido Otelo, más avivadas por las precauciones que fingía dar contra las sospechas.

—Ya sé —dijo Otelo— que mi mujer es bonita y gusta de la buena compañía y de las fiestas, y es libre en charlar, y canta, juega y baila bien; pero donde hay virtud, esas prendas son virtuosas. Antes de creerla deshonrada, he de tener pruebas patentes.

Entonces Yago fingió alegrarse de que Otelo no se precipitase en pensar mal de su esposa, y francamente declaró que no tenía pruebas; pero suplicó a

Otelo que la vigilase en su trato con Casio, sin estar celoso ni tampoco seguro en demasía; porque él, Yago, conocía cómo eran las damas italianas, sus paisanas, mucho mejor que Otelo. Y luego astutamente insinuó que Desdémona había

engañado a su padre al casarse con Otelo, llevando el asunto tan secreto que el pobre anciano creyó que se habían empleado brujerías. Otelo se conmovió mucho por este argumento que le hablaba al alma; porque si ella engañó a su padre, ¿no podría engañar a su marido?

Yago le pidió perdón por haberle conmovido, pero Otelo, mostrando indiferencia exterior mientras por dentro sentíase desgarrado, rogó a Yago que prosiguiera explicándose. Hízolo Yago con muchas excusas, como no queriendo acusar a Casio, al cual llamaba su amigo. Y luego vino resueltamente al punto, y recordó a Otelo que Desdémona se había negado a muchos pretendientes de su clase social y le había preferido a él, lo cual probaba que era ella una caprichosa; y cuando le hubiera pasado el capricho, era muy probable que comparase a Otelo con otros hombres. Y concluyó aconsejando a Otelo que demorase un poco más su reconciliación con Casio y notase entretanto con qué viveza intercedía por él Desdémona. Así, este malvado convertía las virtudes de aquella inocente señora en lazos para su ruina, instigando primero a Casio para que buscara su favor y convirtiendo luego ese favor en crimen para perderla.

Al terminar la charla, Yago suplicó a Otelo que tuviera por inocente a su esposa hasta poseer pruebas de lo contrario, y Otelo prometió tener paciencia, aunque desde aquel instante ya no tuvo el engañado general más paz y sosiego en su pecho. Ni las adormideras, ni el jugo de mandragoras, ni todos los narcóticos del mundo tuvieron virtud para devolverle el reposo y el sueño de que hasta entonces había gozado. Hasta sus ocupaciones le trastornaban. No hallaba deleite en las armas. Su corazón, que solía latir a la sola vista de las tropas, banderas y otros arreos militares, y saltaba al sonido del tambor, de la corneta o de los relinchos del caballo, parecía haber perdido todo aquel orgullo y ambición que son virtudes del soldado, y se sentía abandonado por sus antiguos ardores y alegrías. Pensaba a veces que su mujer era fiel, y luego

pensaba que no; tan pronto creía justo a Yago como creía lo contrario; después deseaba no haber sabido nada de todo aquello, pues mientras no lo supiera no sufriría. Destrozado por estos enloquecedores pensamientos, una vez cogió a Yago por la garganta y le exigió pruebas del delito de Desdémona so pena de muerte por haberla calumniado. Yago, fingiendo indignación porque se tomara su honradez por vicio, preguntó a Otelo si había visto en manos de su mujer un pañuelo con cerezas pintadas. Respondió Otelo que él mismo se lo había regalado y que era su primer regalo.

—Pues con este pañuelo —dijo Yago— he visto yo mismo que Casio se secaba el rostro.

—Si es así —replicó Otelo—, no descansaré hasta que la venganza los trague a los dos. Y primero, como muestra de tu fidelidad, espero que Casio muera dentro de tres días; y en cuanto a esa miserable mujer, yo hallaré medios para una rápida muerte.

Las cosas más leves son para el celoso pruebas irrefutables. Un pañuelo de su mujer en manos de Casio fue motivo para condenar a muerte a los dos, sin preguntar siquiera cómo fue a parar a manos del oficial. Nunca dio Desdémona tal presente a Casio, ni cabía en tan fiel esposa el dar a otro los regalos de su marido. Lo mismo Casio que Desdémona eran inocentes de todo agravio a

Otelo. Pero el malvado Yago, cuyo espíritu no dormía para inventar perversidades, había obligado a su buena e inocente mujer a hurtar aquel pañuelo de Desdémona con el pretexto de hacer una copia, siendo en realidad

para dejarlo donde Casio pudiera encontrarlo, y así aparentar que Desdémona se lo había regalado.

Un día, Otelo fingió que tenía dolor de cabeza (y en verdad que lo tenía) y le pidió a Desdémona el pañuelo para atárselo en las sienes. Esta le dio un

pañuelo.

—No quiero éste —dijo Otelo—, sino el que yo te regalé.

Pero Desdémona no lo tenía porque se lo habían robado, como antes se ha dicho.

—¡Cómo! —exclamó Otelo—, esto es grave. Ese pañuelo se lo dio a mi madre una mujer egipcia, una bruja que sabia leer en el pensamiento y que le dijo a mi madre que mientras lo guardase mi padre la querría, pero que si lo perdía o lo regalaba, mi padre la aborrecería. Al morir, mi madre me lo dio y me dijo que al casarme se lo diera a mi mujer. Así lo hice, y tú ten cuidado con él: estímalo como a tus propios ojos.

—¿Es posible? —dijo Desdémona, toda asustada.

—Es cierto —siguió él—; es un pañuelo mágico: lo hizo una maga hace ya doscientos años con seda de gusanos sagrados, y fue teñido en sangre del corazón de las vírgenes.

Al oír las mágicas virtudes del pañuelo, Desdémona se moría de miedo, pues comprendió que lo había perdido, y así temió perder igualmente el amor de su esposo. Otelo se estremeció, parecía que iba a cometer un desatino, y volvió a pedir el pañuelo. Viendo que no podía encontrarlo, Desdémona probó a sacar a su marido de aquellos serios pensamientos y le dijo alegremente que sus historias del pañuelo eran para negarle el favor de Miguel Casio, a quien siguió alabando como Yago había indicado. Otelo, enloquecido, salió a grandes pasos del salón, y Desdémona empezó a sospechar que su marido estaba celoso. Qué causa pudiera haberle dado ella para esto, no lo sabía. Se culpó a sí misma de acusar al noble Otelo, y creyó que seguramente habrían llegado

malas noticias de Venecia u otra parte que habrían agriado su ánimo. Y se dijo:

«Los hombres no son dioses, y no hemos de esperar de ellos en el matrimonio las dulzuras del noviazgo.» Y se reprendió a sí misma por juzgar severamente la aspereza de su marido.

Volvieron a encontrarse Otelo y Desdémona, y él la acusó más claramente de ser infiel, de amar a otro, aunque no dijo el nombre. Y ante las lágrimas de

Otelo, Desdémona le dijo:

—¡Ay, qué día infeliz! ¿Por qué lloras?

Y replicó Otelo que podía sufrir con fortaleza toda clase de males, pobreza,

enfermedad, infortunios, pero que su infidelidad le había desgarrado el corazón, y llamó a su esposa flor agradable de ver y oler pero venenosa, y se

lamentó de que hubiese nacido. Se retiró Otelo, y ella quedó tan estupefacta

ante las atroces sospechas de su marido, que sintió un pesado sopor y pidió a su

camarera que le preparase la cama y pusiera en ella las sábanas de la boda,

diciendo que cuando se reprende a los niños pequeños suele hacerse con dulzura, y así podía hacerlo Otelo con ella que, al fin, era una niña. Éstas fueron

todas las quejas de aquella gentil señora.

Metida en cama, esperando que luego iría su esposo, Desdémona dormitó

ligeramente por efecto de su conturbado espíritu. Pronto también entró Otelo,

lleno de aquel horrible propósito de matar a su esposa. Pero al verla dormida

pensó que no debía derramar su sangre ni desgarrar aquella piel más blanca

que el alabastro. Pero estaba resuelto a que muriese, siquiera para que no engañase a otros hombres como a él le había engañado. Y la besó por última

vez, según pensaba; pero aquel beso fue tan dulce, que hubo de besarla de

nuevo, y lloró pensando que eran crueles aquellas lágrimas.

Con estos besos despertó Desdémona y miró a Otelo; le vio morderse el

labio inferior y los ojos desencajados, cosas que ya sabía eran signos fatales. Le dijo Otelo que se preparase para la muerte y rezase sus oraciones, pues no quería matarle el alma. La inocente esposa, a merced de aquel loco, pidió compasión y que le dijese su falta. Otelo nombró a Casio y el pañuelo que ella le había regalado, y mientras ella quería defender su inocencia, él súbitamente no quiso oír más y la estranguló entre sus manos.

En aquel momento llamó Emilia, la mujer de Yago. Llevaron luego a Casio, herido y ensangrentado, pero no muerto, por un emisario de Yago el traidor. Yago había matado a su emisario para evitar que revelase la verdad, pero en los bolsillos del muerto se hallaron cartas donde la verdad constaba. Entre esas cartas, las revelaciones de Casio y los gritos desesperados de Emilia, se aclaró del todo la verdad.

Ese descubrimiento fue como un rayo para Otelo, el cual vio claramente que había sido el asesino de su esposa inocente y siempre fiel. La angustia que se apoderó de su noble alma le hizo insoportable la vida, por lo que, en su desesperación, se echó sobre su espada cerca del cadáver de su esposa y expiró.

Muerto Otelo, entre el horror y el asombro de todos, se recordaron sus méritos y virtudes, arruinados por las intrigas de un malvado. El general que le sucedió hizo ejecutar a Yago entre horribles torturas y mandó a Venecia la noticia del triste fin del famoso Otelo.

4

Macbeth

OBERNANDO en Escocia Duncan *el Manso*, vivía en su reino un gran señor llamado Macbeth, pariente próximo del rey y muy estimado en la corte por su valor en la guerra, de lo cual acababa de dar nuevas pruebas

derrotando un numeroso ejército rebelde ayudado por tropas de Noruega.

Volvía Macbeth con su compañero, el general Banquo, de la gran batalla y

victoria, y pasando los dos por un áspero páramo, fueron detenidos por la

aparición de tres extrañas figuras parecidas a mujeres, pero con barbas, y tan

flacas y raramente vestidas que no parecían seres de la tierra. Macbeth se dirigió a ellas, y éstas, como ofendidas, se pusieron un dedo en sus delgados

labios para imponer silencio.

La primera de esas figuras saludó a Macbeth con el título de señor de

Glamis. Sorprendido quedó el general de verse conocido de tales seres, y más

todavía cuando la segunda le saludó con el título de señor de Códor, título que

ni tenía ni esperaba, y todavía aumentó su sorpresa cuando la tercera exclamó:

«¡Salve, futuro rey!» Bien podía quedar Macbeth sorprendido y asombrado por

estos proféticos saludos, pues sabía que viviendo los hijos del rey no podía

tener esperanza del trono. Se volvieron aquellas figuras a Banquo y le dijeron

en términos enigmáticos que era «menor que Macbeth y mayor, no tan feliz y

mucho más feliz», y le profetizaron que él no reinaría, pero que sus hijos llegarían a ser reyes de Escocia. Y entonces se convirtieron en aire y se desvanecieron, y así supieron los generales que eran brujas.

Mientras ponderaban lo extraño de esta aventura, llegaron mensajeros del

rey para conferir a Macbeth la dignidad de señor de Códor. Este acontecimiento, que tan maravillosamente correspondía a la predicción de las

brujas, dejó atónito a Macbeth de tal modo que ni supo contestar a los mensajeros, y a la vez se levantaron en su alma esperanzas de que se cumpliría

la tercera predicción y subiría al trono de Escocia.

Dirigiéndose a Banquo, preguntó Macbeth:

—¿No esperáis que vuestros hijos lleguen a ser reyes después que las brujas

adivinaron lo que me acaba de pasar?

—Esa esperanza —respondió el general— podría inflamaros a vos para aspirar al trono; pero estas ministras de las tinieblas a menudo dicen verdades en las cosas pequeñas para hacernos traición y llevarnos a cosas de la mayor importancia.

Pero las malignas sugerencias de las brujas se habían grabado profundamente en el alma de Macbeth, el cual no atendió al consejo del buen Banquo, y desde aquel instante dirigió todos sus pensamientos a conquistar el trono de Escocia.

Macbeth tenía una esposa, a quien comunicó la extraña predicción de las brujas y el parcial cumplimiento. La mujer era malvada y ambiciosa, y con tal de que ella y su marido pudieran llegar a la grandeza, no reparaba en los medios. Espoleó los propósitos de Macbeth (que no quería sangre) y no cesó de representarle el asesinato del rey como paso necesario para el cumplimiento de la lisonjera profecía.

Sucedió por aquellos días que el rey, como solía hacer por exceso de bondad en tales ocasiones, fue a visitar a Macbeth en su palacio, acompañado de sus hijos Malcolm y Donalbain y de gran séquito de servidores y cortesanos, para mejor honrar a Macbeth por sus triunfos en la guerra.

El castillo de Macbeth estaba magníficamente situado; sus aires eran dulces y saludables, como podía verse por los nidos de golondrinas en varias partes del edificio, pues sabido es que donde van y anidan esos pájaros suelen reinar los más deliciosos aires. Entró el rey muy complacido por causa del lugar y no menos por las atenciones y respetos de la honorable señora Macbeth, que tenía el arte de cubrir de sonrisas los más traidores propósitos, y parecía una flor inocente cuando era en verdad una serpiente venenosa bajo aquellas

apariencias.

Cansado por el largo viaje, el rey se retiró pronto a descansar. En su real cámara dormían también, según costumbre, dos servidores. Había quedado el rey altamente complacido de la recepción y había hecho espléndidos regalos a sus oficiales, y especialmente había hecho entregar un rico diamante a la señora Macbeth, felicitándola con el nombre de amabilísima hospedadora.

Llegó la media noche, hora en que está como muerta la mitad del mundo, en que los malos sueños perturban a los hombres dormidos y en que velan y

corren el lobo y el asesino. Esta fue la hora en que se despertó la señora Macbeth para ejecutar cautelosamente el asesinato del rey. No habría emprendido ella esa obra tan repugnante si no fuera porque temía el carácter de

su marido, demasiado noble y humanitario para cometer un homicidio con

premeditación. Sabía ella que él era ambicioso, pero también escrupuloso, y que

no había adquirido aún esa resolución en el crimen que generalmente acompaña a la excesiva ambición. Había conseguido de él que consintiese en el

asesinato, pero dudaba de su firmeza y temía que su natural ternura se

interpusiera y frustrase el éxito. Así, ella misma, con la daga en la mano, se acercó a la cama del rey, después de emborrachar a los servidores de tal modo

que quedaron como muertos. Allí estaba el rey Duncan, en profundo sueño

después de las fatigas del viaje, y al mirarle fijamente dormido, parecióle ver en

su rostro alguna semejanza a su propio padre, y eso le quitó el valor de seguir.

Se volvió para hablar con su marido. Este vacilaba en su resolución, considerando que había grandes razones contra aquel designio. En primer lugar, él era súbdito y pariente cercano del rey, y éste era su huésped, y por las

leyes de la hospitalidad el dueño de la casa estaba obligado a proteger contra

los asesinos en vez de tomar él mismo el cuchillo. Luego consideró Macbeth

cuán justo y bondadoso era Duncan, cuán dulce para sus súbditos, cuán amante

de sus nobles y particularmente de él. Estos reyes se creía estaban bajo una protección especial del cielo, y sus vasallos tenían doble deber de vengar su muerte. Además, por los favores del rey, Macbeth era respetado y admirado por todos los hombres: ¡cómo se mancharían estos honores por la fama de tan horrible asesinato!

En estos conflictos interiores halló la señora a su marido. Como era mujer pertinaz en sus propósitos, empezó a infiltrar en él su mal espíritu, dándole nuevas razones para seguir en la empresa. Analizaba cuan fácil era, cuan pronto estaría terminada, y cómo la breve acción de una noche les daría muchos días y noches de soberanía y realeza. Luego ponderó lo despreciable de su cambio de propósito; le acusó de inconstancia y cobardía, y le dijo que ella, que había amamantado a su hijo y sabía amarle, era capaz de estrellarle contra la pared si lo hubiera jurado como él había jurado asesinar al rey. Y aún añadió que la culpa caería sobre los servidores borrachos y dormidos. Así, con su lengua, azuzó la resolución de su marido de tal modo que éste recobró valor para aquel sangriento negocio.

Tomó, pues, Macbeth la daga en la mano y entró a hurtadillas y a oscuras en el aposento del rey. Al moverse, le pareció ver otra daga reluciendo en el aire oscuro, con la empuñadura hacia él y con sangre en la hoja y en la punta; pero al tratar de tomarla, halló que no era sino aire, un fantasma de su propio y criminal cerebro. Vencido este miedo, siguió adelante, y de un certero golpe mató a su rey.

Al momento, uno de los servidores dormidos se puso a reír en sueños, y el otro gritó: «¡Asesinos!», con lo cual se despertaron ambos y rezaron una breve

oración. Uno de ellos dijo: «Dios nos bendiga»; el otro respondió: «Amén», y volvieron al instante a dormirse. Macbeth quiso también decir amén para implorar la bendición de Dios, pero la palabra se le anudó en su garganta y no pudo pronunciarla. Luego creyó oír una voz que clamaba: «¡No dormirás más! Macbeth asesinó al sueño, el dulce sueño que nutre la vida. No dormirás. Glamis mató al sueño, Códor no dormirá, Macbeth no dormirá más en su vida.»

Con tan horribles imaginaciones, volvió Macbeth con su mujer, que estaba escuchando y que ya empezaba a creer fracasado el plan. Entró él tan descompuesto y alocado, que ella hubo de echarle en cara su falta de firmeza, le envió a lavarse las manos, teñidas de sangre, y entretanto tomó ella misma la daga y se fue a manchar de sangre las mejillas de los servidores como prueba de que ellos eran los criminales.

Llegó la mañana y con ella el descubrimiento del crimen. Aunque Macbeth y su señora dieron muestras del más profundo pesar, y aunque las pruebas contra los servidores manchados de sangre resultaron abrumadoras, cayeron sospechas sobre Macbeth, que podía aspirar a la corona. Los hijos de Duncan escaparon: Malcolm, el mayor, se refugió en la corte de Inglaterra, y Donalbain, el menor, pudo llegar a Irlanda.

Desaparecidos así los hijos y sucesores inmediatos del rey, fue coronado Macbeth como heredero, y se cumplió literalmente la predicción de las brujas. Aunque en tan alto puesto, el nuevo rey y su reina recordaban la otra profecía de las brujas, a saber, que los hijos de Banquo, y no sus hijos, serían más tarde reyes de Escocia. Este pensamiento, unido al recuerdo de haberse manchado las manos con la sangre del crimen para que les sucedieran los hijos de otro, los perturbó y amargó de tal modo la vida, que determinaron matar a Banquo y a su hijo para hacer imposibles los vaticinios de las brujas.

Para esto celebraron una espléndida cena a la cual invitaron a todos los grandes señores, y especialmente, y con las mayores señales de respeto, a Banquo y a su hijo Fleancio. Macbeth mandó unos asesinos con instrucciones, y estos asesinos mataron a Banquo en su nocturno camino hacia el banquete, aunque en la lucha y con la oscuridad se les escapó Fleancio. De este Fleancio descendió una línea de monarcas de Escocia que terminó en Jaime VI, el I de Inglaterra, en el cual se unieron las coronas de ambos reinos.

Se celebró la real cena. La reina se portó con regia amabilidad y dulzura, hasta el extremo de atraerse la gratitud y amor de todos los presentes. Macbeth conversaba con sus nobles y señores y se alegraba y se felicitaba de tener en su palacio la flor y nata de todo su reino, excepto a su buen amigo Banquo, que se hacía esperar, aunque confiaba en que habría de reprenderle por un descuido más que lamentar una desgracia. Al decir estas palabras entró en el gran salón el fantasma de Banquo, el asesinado, y fue a sentarse en la silla que debía ocupar Macbeth en persona. Aunque Macbeth era un valiente, acostumbrado a mirar sin miedo la muerte, palideció ante aquel horrible fantasma y se quedó inmóvil, atemorizado, con los ojos fijos en aquella aparición. La reina y los nobles, que nada veían fuera de aquel mirar fijamente la silla desocupada, tomaron aquello por un ataque de locura, y la reina reprendió a su marido y le susurró al oído que todo aquello no era sino la misma fantasía que le hizo ver la daga en el aire cuando iba a matar a Duncan. Macbeth, sin prestar oídos a su mujer, seguía viendo el fantasma, al cual dirigió palabras incoherentes pero tan significativas que la reina temió que revelase el secreto, por lo cual precipitadamente despidió a los huéspedes, excusando la enfermedad de Macbeth como una perturbación que a menudo sufría. Y, en efecto, Macbeth tenía frecuentemente aquellas terribles visiones. Él y

la reina sufrían pesadillas con horrendas visiones, y la sangre de Banquo no los atormentaba más que la fuga de Fleancio, a quien miraban ya como el primero de una estirpe de reyes que conquistaría el trono de sus hijos. Con estos miserables pensamientos no hallaban paz, por lo que Macbeth resolvió buscar a las brujas para saber lo que había de pasarle.

Las buscó en una cueva del mismo páramo donde le saludaron al llegar, y las halló preparando aquellos tremendos hechizos con que conjuraban a los espíritus infernales para que revelasen lo futuro. Sus horribles ingredientes eran sapos, murciélagos y serpientes, el ojo de una lagartija, la lengua de un perro, la pata de un lagarto, el ala de una lechuza, la escama de un dragón, el diente de un lobo, el buche de un tiburón, la momia de una bruja, la raíz de cicuta tomada a oscuras, la hiel de una cabra y el hígado de un judío, con astillas de tejo arraigado en sepulcros y el dedo de un niño muerto. Todas estas cosas se ponían a hervir en una gran caldera, la cual, cuando se calentaba demasiado, había de refrescarse con sangre de un babuino. Y aun echaban dentro la sangre de una marrana que se hubiera comido a sus pequeños, y avivaban las llamas con la grasa caída del patíbulo de un ahorcado. Con todos esos hechizos obligaban a los espíritus infernales a responder a sus preguntas.

Las brujas preguntaron a Macbeth si quería que resolvieran sus dudas ellas mismas o los espíritus infernales. Macbeth, sin espantarse por las horribles ceremonias, contestó audazmente:

—¿Dónde están? Dejádmelos ver.

Y ellas evocaron los espíritus, tres en número. Se levantó el primero en forma de cabeza armada, y llamó a Macbeth por su nombre, y le dijo que se guardara del señor de Fife, por lo que Macbeth le dio las gracias, pues ya tenía

recelos de Macdufo, el señor de Fife.

Se levantó el segundo espíritu, en forma de niño ensangrentado, y llamó a Macbeth por su nombre, y le dijo que no tuviera miedo, sino que se riese para despreciar el poder del hombre, porque ningún nacido de mujer podría dañarle, y le aconsejó que fuese fiero, audaz y resuelto.

—Entonces vive, Macdufo —exclamó el rey—; ¿para qué temerte? No obstante, redoblaré la seguridad. Vivirás para decir al pálido Miedo que miente, y para dormir a pesar del trueno.

Desvanecido aquel espíritu, apareció el tercero, en forma de un niño coronado y con un árbol en la mano. Llamó a Macbeth por su nombre y le confortó contra las conspiraciones diciéndole que no sería vencido hasta que el bosque de Birnam viniera contra él.

—¡Dulces augurios! —exclamó Macbeth—. ¿Quién puede arrancar el bosque con sus raíces clavadas en la tierra? Veo que viviré como los otros hombres, sin muerte violenta. Pero late mi corazón por saber una cosa: dime, si tanto pueden tus artes, ¿reinarán aquí los descendientes de Banquo?

Al decir estas palabras se hundió la caldera en el suelo y se oyó ruido de música, y ante los ojos de Macbeth pasaron ocho sombras de reyes, y tras ellos la sombra de Banquo llevando una copa que indicaba más reyes. Y Banquo, aun ensangrentado, sonrió a Macbeth señalando a las figuras, con lo cual entendió Macbeth que los descendientes de Banquo reinarían en Escocia. Y las brujas, entre danzas y músicas y saludando a Macbeth, se fueron desvaneciendo.

Desde aquel momento los pensamientos de Macbeth fueron todos espantosos y sanguinarios.

Al salir de la cueva de las brujas, lo primero que supo Macbeth fue que Macdufo, el señor de Fife, había huido a Inglaterra para unirse al ejército que

allí formaba Malcolm, el hijo mayor del último rey, con intento de destronar a Macbeth y entronizar al legítimo heredero. Montando en cólera, Macbeth se fue al castillo de Macduff y pasó por las armas a la mujer e hijos del huído, y aun extendió la matanza hasta sus últimos parientes.

Estos y otros excesos le atraieron el odio de todos los nobles. Los que pudieron, escaparon para engrosar el ejército que ya estaba avanzando en Inglaterra, y los otros deseaban en secreto la victoria del ejército que venía, aunque por miedo no tomaran parte en la guerra. Todos odiaban al tirano; nadie le quería ni le respetaba ni accedía a unírsele para la guerra.

Así empezó a envidiar a Duncan, que dormía profundamente en su tumba, contra quien ya nada podían las traiciones, el puñal, el veneno, las malicias domésticas o los ejércitos extranjeros.

Entretanto, la reina, la sola cómplice de sus maldades, en cuya compañía encontraba algún breve reposo, incapaz de sufrir sus propios remordimientos y los odios públicos, murió por sus propias manos, por lo cual Macbeth quedó solo, sin un alma a quien amar y en quien confiar, sin un amigo en quien desahogar sus perversos propósitos.

Despreció la vida y deseó la muerte, pero al saber que se acercaba Malcolm acompañado de su ejército, se despertó en él su antiguo valor y resolvió morir con la armadura puesta. Además, las enigmáticas promesas de las brujas le habían llenado de falsa confianza, y recordó los dichos de los espíritus: que ningún nacido de mujer podría dañarle, y que no sería vencido hasta que el bosque de Birnam viniera contra él, lo cual creía imposible. Se encerró en su castillo, tan fuerte que se consideraba inexpugnable y podía desafiar cualquier sitio, y allí quiso aguardar tercamente a Malcolm. Un día le llegó un mensajero,

pálido y lleno de terror, sin poder casi comunicarle lo que había visto, porque le había parecido, estando de guardia en la colina y mirando a Birnam, que el bosque se estaba moviendo.

—¡Mientes, esclavo! —gritó Macbeth—. Si dices una falsedad, te ahorcaré en aquel árbol; si dices la verdad, puedes hacer lo mismo conmigo.

Macbeth empezó a flaquear, dudando de los espíritus. No debía temer hasta que el bosque de Birnam viniera contra él, y ¡el bosque se movía!

—No obstante —añadió—, si eso es verdad armémonos y salgamos: no hay que huir ni estarse quietos. Ya estoy cansado del sol y deseo acabar la vida. Con estas desesperadas palabras salió del castillo contra los sitiadores que ya llegaban.

¿Cómo pudo creer el mensajero que el bosque se movía? Cuando los sitiadores marchaban por el bosque de Birnam, Malcolm, diestro caudillo,

ordenó a los soldados que cortasen cada cual una rama de árbol y la llevaran delante de sí, a fin de ocultar el número de combatientes. A distancia, esa

marcha de soldados con ramas por delante tenía la apariencia del bosque ambulante que espantó al mensajero. Así se realizaron las palabras del espíritu

en forma distinta de como lo entendió Macbeth, y así desapareció un motivo de confianza.

Hubo una severa escaramuza en que Macbeth, débilmente ayudado de los que se llamaban sus amigos y en realidad le odiaban como tirano, luchó con

toda rabia y valor, despedazando a cuantos se le oponían, hasta que se enfrentó

con Macdufo. Al verle, recordando el consejo del espíritu que le dijo se guardase de Macdufo, quería evitarle; pero Macdufo, que le había buscado en la

pelea, le impidió huir. Lucharon los dos fieramente, reprochando Macdufo a

Macbeth la muerte de su mujer y sus hijos. Macbeth, cuya conciencia estaba

cargada con la sangre de aquella familia, quiso declinar el combate, pero otra vez se opuso Macdufo, llamándole tirano, asesino y cobarde.

Recordó entonces Macbeth las palabras del espíritu: que ningún nacido de mujer le dañaría, y sonriendo dijo a Macdufo:

—Pierdes el tiempo; no puedes herirme. Estoy hechizado y no puede dañarme ningún ser nacido de mujer.

—Falso hechizo —dijo Macdufo—; di a ese espíritu de mentira que

Macdufo no nació de mujer, al menos como nacen otros.

—Maldita la lengua que tal dice —dijo temblando Macbeth, perdiendo su última esperanza—; y nadie en el futuro crea los equívocos de brujas y espíritus que nos engañan con palabras de doble sentido. No lucharé contigo.

—Pues vive —replicó despectivamente Macdufo—. Te mostraremos al público como se muestran los monstruos, con un cartel que diga: «He aquí el tirano.»

—¡Jamás! —gritó Macbeth encolerizado—. No viviré para besar los pies a Malcolm y ser maldecido por la plebe. Aunque venga el bosque y quien no ha nacido de mujer, lucharé hasta la muerte.

Con estas frenéticas palabras se lanzó contra Macdufo. Hubo una lucha feroz, y tras ella Macdufo cortó la cabeza a Macbeth y la presentó como regalo a Malcolm, que subió al trono de Escocia entre las aclamaciones de la nobleza y del pueblo.

5

Hamlet

ERTRUDIS, reina de Dinamarca, a los dos meses de quedar viuda por la

G súbita muerte del rey Hamlet volvió a casarse con Claudio, hermano de

su difunto marido. La boda fue considerada como una prueba de insensibilidad o de algo peor, porque Claudio no se parecía al difunto rey en las prendas exteriores ni interiores, pues era tan despreciable en su externa figura como indigno y vil en su carácter. Hasta llegaron algunos a sospechar que Claudio había matado secretamente al rey su hermano con el fin de casarse con la viuda y subir al trono de Dinamarca, con perjuicio del joven Hamlet, hijo del difunto rey y su legítimo sucesor.

Pero nadie se impresionó tanto por la mal aconsejada boda de la reina como este joven príncipe, que amaba y veneraba a su difunto padre hasta la idolatría, y que con gran sentido del honor y de la más exquisita corrección sintió en el alma la indigna conducta de su madre. Entre el dolor de la muerte y la vergüenza de la boda, el príncipe estaba profundamente melancólico, perdió la alegría y la salud, abandonó sus antes gratos libros, sus ejercicios y deportes, y se cansó y se aburrió del mundo, que le parecía un jardín abandonado en el que morían las buenas flores y sólo crecían las malas hierbas. No dejó de contrariarle la injusta exclusión del trono; pero lo que en realidad le amargaba y le quitaba toda alegría era que su madre hubiera olvidado tan pronto a su padre, ¡y tal padre!, que había sido para ella el más amable y dulce esposo. Ella parecía antes una esposa muy amante y obediente, y hasta parecía exceder en amor al rey; y luego, a los dos meses, o antes de dos meses, como le parecía a Hamlet, se casaba de nuevo con su cuñado, el hermano del difunto esposo, cosa impropia por el próximo parentesco, más impropia por la indecente prontitud y repugnante por el mal carácter del escogido para compañero en el trono. Esto, más que la pérdida de diez reinos, era lo que nubló y entenebreció el espíritu del joven Hamlet.

En vano intentaron divertirle su madre y el nuevo rey: Hamlet aparecía en la corte con traje de riguroso luto por la memoria de su padre, y no quiso

quitarse nunca este luto, ni siquiera el día de la boda para cumplimentar a su madre, como tampoco asistió a las fiestas y alegrías de aquel, para él, infausto acontecimiento.

Lo que más perturbaba al joven príncipe era la incertidumbre acerca de cómo había sido la muerte de su padre. Claudio contaba que una serpiente le había mordido, pero Hamlet sospechaba que la serpiente era el mismo Claudio: que Claudio había asesinado al rey para apoderarse de la corona, y que así la serpiente que había mordido a su padre se sentaba ya en el trono de Dinamarca.

¿Era justa la conjetura? ¿Qué pensar de su madre? ¿Estaría ella en el secreto del asesinato? Estas crueles dudas ponían al príncipe en continuas angustias y dolores.

Llegó a sus oídos un extraño rumor, según el cual los centinelas de palacio, a media noche, dos o tres noches seguidas, habían visto una aparición del rey su padre. El espectro vestía constantemente la misma armadura de la cabeza a los pies, la misma que el rey solía llevar en vida. Los que le vieron, entre ellos Horacio, el amigo íntimo de Hamlet, concordaban en su testimonio cuanto a la hora y manera de la aparición: al dar el reloj las doce se presentaba el espectro, pálido, expresando en su rostro más dolor que ira, la barba gris, color plateado, como en vida, y no contestaba cuando le hablaban, aunque una vez levantó la cabeza y parecía querer hablar; pero cantó el gallo y el espectro se desvaneció.

El joven príncipe, asombrado por estas noticias, que le parecieron fidedignas por la concordancia de los testigos, creyó que el espectro era el alma de su padre, y determinó quedarse aquella noche con los soldados de guardia

por si podía verle, pues calculó que tal aparición no podía ser sin algún fin, sino que el alma tenía algo que comunicar y quizá a él se lo comunicaría. Así, aguardó la noche con impaciencia.

Llegada la noche, tomó posiciones con Horacio y Marcelo, soldado este de la guardia, en el mismo terraplén donde solía andar la aparición. La noche era fría y el aire desagradable. De esto hablaban Hamlet y Horacio con su compañero, cuando Horacio súbitamente los interrumpió diciendo que ya venía el espectro.

A la vista del espíritu de su padre, Hamlet quedó sobrecogido de sorpresa y miedo. Primero invocó a los ángeles del cielo para que le defendiesen, pues no sabía si sería un espíritu bueno o malo o si venía para bien o para mal. Mas poco a poco se sobrepuso a la impresión. Le pareció que su padre le miraba con tristeza y como deseando conversar con él, y le pareció tan claramente que era su mismo padre, igual que cuando vivía, que Hamlet avanzó valeroso para hablarle. Le llamó padre y rey, y le conjuró a que le dijese el motivo de dejar la tumba de noche, a la luz de la luna, y le suplicó le dijese si ellos podían hacer algo para dar paz a su espíritu. El espectro hizo señal a Hamlet para que le siguiese a un lugar apartado donde estuviesen a solas. Horacio y Marcelo quisieron disuadir al príncipe de seguirle temiendo fuera algún mal espíritu que quisiera llevarle al mar o a un precipicio, o tomar alguna forma extraña que le privase de la razón. Pero Hamlet no hizo caso de súplicas ni consejos, no le importaba la vida, no temió por su alma, se sintió fuerte como un león y a pesar de Horacio y Marcelo, que intentaban detenerle, avanzó animoso y siguió al espíritu hasta donde quiso guiarle.

Cuando estuvieron solos, el espíritu rompió el silencio y dijo al príncipe

que era efectivamente el espíritu del rey difunto, su padre, que había sido cruelmente asesinado, y hasta contó de qué manera; y añadió que el asesino era su hermano Claudio, el tío de Hamlet, con el objeto de sucederle en la posesión de su mujer y de su corona. Y le contó que durmiendo la siesta en el jardín, según su costumbre, su traidor hermano se le acercó a hurtadillas y le echó en la oreja el ponzoñoso jugo del beleño, el cual es tan enemigo de la vida que rápidamente corre por las venas, quema la sangre y esparce una lepra por todo el cuerpo. Así, durmiendo, por la mano de un hermano fue violentamente separado de su corona, de su esposa y de la vida. Y conjuró a Hamlet para que, si había de veras amado a su padre, vengase aquel horrendo asesinato. Se lamentó de que la reina, que le había mentido amor, se hubiera casado con el asesino, pero avisó al príncipe que en su venganza respetase a su madre, dejándola al cuidado del cielo y a las espinas y agujones de su conciencia.

Hamlet prometió seguir las indicaciones del espíritu, y este se desvaneció.

Al quedar a solas, Hamlet tomó la solemne resolución de olvidarlo todo y de no pensar absolutamente en nada más que en lo dicho y mandado por el espíritu. Y contó luego lo sucedido a Horacio, su amigo, y a este y Marcelo les rogó el más estricto secreto acerca de lo pasado aquella noche.

El terror que la vista y conversación del espectro dejó en el alma de Hamlet, ya antes débil y oprimido, casi le trastornó el juicio y le puso fuera de sí. Pero, temiendo el príncipe que esto continuase y llamara la atención, y que su tío sospechase y se pusiera en guardia, tomó la extraña resolución de fingirse del todo loco, pensando que así se sospecharía menos de sus pensamientos, y que su tío le creería incapaz de nada serio bajo la influencia de aquella fingida locura.

Desde entonces fingió el príncipe gran extravagancia en su conducta, palabras y trajes, y tan bien representaba el papel de loco, que el rey y la reina le creyeron tal; y, no sabiendo la verdadera causa de aquel trastorno, pensaron

que era enfermedad de amor y hasta se figuraron quién era la mujer amada.

Era Ofelia una hermosa doncella, hija de Polonio, el principal consejero del rey en asuntos de Estado. Ya antes de su locura, Hamlet había galanteado a

Ofelia y le había enviado cartas y sortijas, y había hecho muchas y honrosas

declaraciones de amor a las que ella prestó toda su fe. Pero las últimas desgracias hicieron que Hamlet se olvidase de Ofelia, y desde que él empezó a

fingirse loco, la trataba con rudeza y despego. La joven buena señora, lejos de

ofenderse veía en aquella conducta la enfermedad del alma; las anteriores amabilísimas prendas del príncipe, estropeadas luego por la melancolía, las

comparaba a un juego de campanas que afinadas y bien pulsadas producen

excelente música, y cuando están desafinadas sólo dan sonidos ásperos y estridentes.

Aunque el negro negocio que Hamlet llevaba entre manos, la venganza de

la muerte de su padre, no se avenía con los jugueteos del noviazgo ni con la

ociosa pasión del amor, no pudo el príncipe impedir que alguna vez le asaltaran

dulces sentimientos de su Ofelia; y en uno de esos ratos en que pensó haber

tratado a tan suave señora con excesiva rudeza, le escribió una carta llena de

pasión, pero tan extraordinaria en palabras y frases como podía sugerirle su

fingida locura, y con toques de blando afecto que mostraban a la dama un gran

fondo de amor en el corazón del príncipe. Decía Hamlet a Ofelia que dudase de

que los astros fuesen de fuego, o de que el sol se moviese, o de que la verdad

fuese mentirosa; pero nunca dudase de su amor, y así otras frases por el estilo.

Ofelia enseñó esta carta a su padre, el cual se creyó obligado a comunicarla a los

reyes, quienes desde aquel momento supusieron que Hamlet estaba loco de

amor. La reina deseaba que los atractivos de Ofelia fuesen realmente la causa de aquella locura, porque así esperaba que las virtudes de la dama podrían sanar felizmente a su hijo para mayor dicha de los dos enamorados.

Pero la enfermedad de Hamlet era mucho más honda y más difícil de curar.

El espectro de su padre estaba siempre en el alma del príncipe, y el encargo de la venganza no le dejaría sosiego hasta su completa ejecución. Cada hora que pasaba sin cumplirla le parecía un pecado y una violación del mandato de su padre. Pero no era cosa fácil matar al rey por estar constantemente rodeado de guardias; y además, la presencia de la reina, su madre, que generalmente estaba con él, era otro freno para su propósito. Además, el que el usurpador fuese marido de su madre le llenaba de dudas y remordimientos. El simple acto de matar a un hombre era por sí solo terrible y odioso para un carácter pacífico como el de Hamlet, y debido a su melancolía y depresión de ánimo, no llegó a extremos violentos. Por fin, no podía evitar algunas dudas sobre la aparición del espectro: ¿era realmente su padre o era algún espíritu malo que tomaba aquella forma para inducirle al crimen? Por esto pensó buscar información más segura que la de aquella dudosa aparición.

Mientras estaba en estas dudas llegaron a la corte unos actores con quienes Hamlet se había divertido en otro tiempo, sobre todo con uno de ellos que recitaba admirablemente un monólogo trágico describiendo la muerte del viejo Príamo, rey de Troya, y el dolor de Hécuba, su mujer y reina. Hamlet recibió con gusto a sus antiguos amigos los actores, y recordando que el monólogo aquel le había gustado tanto en otro tiempo, le suplicó que lo repitiese. Lo hizo el actor, y de tan elocuente manera puso de realce el asesinato del viejo y débil

rey, con el incendio de la ciudad y del pueblo, y el gran dolor de la anciana reina, que corría por el palacio descalza con un trapo en la cabeza donde antes lucía la corona, y envuelta en una sábana en vez del manto real, que todos los presentes rompieron en lágrimas ante aquellas vivas y tristísimas escenas. El mismo actor se conmovió profundamente y acompañó su recitación con la voz entrecortada y abundante llanto. Hamlet pensó que si aquel actor de tal modo se conmovía por una ficción hasta llorar por Hécuba, a quien nunca había visto y que había muerto centenares de años antes, ¡cuán insensible y duro era él mismo que, teniendo verdaderos motivos de pasión, un verdadero rey y querido padre asesinado, se conmovía tan poco que dejaba olvidada y dormida su venganza! Y mientras pensaba en actores y escenas y en los poderosos efectos que un buen drama bien representado produce en los espectadores, recordó el ejemplo de un asesino que viendo en la escena un asesinato muy parecido al suyo, se afectó de tal modo que allí mismo confesó su crimen. Resolvió, pues, que estos actores representasen el asesinato de su padre ante su tío, el nuevo rey, para ver qué efecto le producían las escenas, y así conocer si era o no el asesino. Dispuso, en consecuencia, que los actores preparasen aquel drama, y a su representación invitó al rey y a la reina.

El asunto del drama era el asesinato de un duque en Viena. Este duque se llamaba Gonzago y su mujer Batista. Luciano, próximo pariente del duque, envenenaba a este en el jardín para adueñarse de sus riquezas y honores, y poco tiempo después se casaba con la mujer del asesinado.

Se representó el drama. El rey, que no sabía el lazo que le habían tendido, asistió con la reina y toda la corte, y Hamlet se sentó cerca de él para observar bien sus impresiones. La primera escena era una conversación entre Gonzago y su esposa, en que ésta hacía muchas protestas de amor y aseguraba que si

enviudase no admitiría otro marido, y que si lo hiciese merecería la maldición del cielo, y aun añadía que sólo pasaban a segundas nupcias aquellas malvadas mujeres que matan a sus primeros maridos. Observó Hamlet que esta última expresión hacía cambiar de color al rey. Pero cuando Luciano empezó a envenenar al duque, dormido en el jardín, el rey se levantó súbitamente, dijo que se sentía mal y se retiró del teatro. Se suspendió el drama. Hamlet tuvo ya bastante para no dudar de que era verdad todo cuanto le había dicho el espectro, y en un acceso de alegría por tener resueltas sus dudas, juró a Horacio que las palabras del espectro eran ciertas y que tomaría la venganza. Pero antes de formar el plan para la ejecución le llamó la reina, su madre, para hablar a solas con él en su aposento.

Por indicación del rey, su madre le censuró por su conducta. Como el rey deseaba saber la respuesta de Hamlet y temía que su madre le ocultase algo, mandó a Polonio, su consejero, que se escondiera detrás de las colgaduras del aposento y vigilara bien lo que pasara. Este artificio era muy propio de Polonio, hombre acostumbrado a las intrigas de la política y la diplomacia y amigo de saber las cosas por medios secretos y astutos.

Llegó Hamlet a la cámara de su madre y ésta empezó a reprenderle sin rodeos por su conducta, que había ofendido gravemente a su padre, el padrastro, a quien ella se empeñaba en llamar así. Indignado Hamlet de que diesen semejante apelativo al asesino de su padre, respondió bastante enojado: «Madre, eres tú quien ha ofendido a mi padre.» Replicó la reina que eso era una respuesta ociosa. «La que merece la pregunta», dijo Hamlet. Preguntó la reina al príncipe si había olvidado con quién estaba hablando. «Ay —exclamó Hamlet—, ¡ojalá que pudiese olvidarlo! Tú eres la reina, la mujer del hermano de tu marido, y eres mi madre: ¡ojalá no fueses lo que eres!» «¡Ah!, ¿sí? —dijo la reina

—; si me tienes tan poco respeto, te enviaré a quien puede hablarte mejor.» La reina iba a llamar al rey o a Polonio, pero Hamlet se lo impidió, pues quería

despertar sus remordimientos, y cogiéndola por las muñecas la hizo sentar.

Espantada por aquella rudeza y temiendo que su hijo le hiciese daño en un acceso de locura, dio un grito pidiendo socorro. Al instante se oyó una voz tras de las coladuras: «¡Socorro, socorro a la reina!» Al oírla Hamlet, creyendo que era el rey quien estaba oculto, sacó la espada y la hundió en el lugar donde había sonado la voz, como quien mata a un ratón acorralado, hasta que cesó la voz y cayó un hombre muerto. Pero cuando arrastró el cadáver vio que no era el rey, sino Polonio, el viejo y oficioso consejero, que allí se había ocultado como espía.

—¡Ay de mí! —exclamó la reina—. ¿Qué temerario y sangriento acto has cometido?

—Sangriento sí, madre —repuso Hamlet—, pero no tan malo como el tuyo, que mataste a un rey y te casaste con su hermano.

Hamlet había ido demasiado lejos para que pudiera retroceder. Había empezado a hablar claro, y prosiguió. Aunque los hijos han de tratar benignamente las faltas de sus padres, en caso de grandes crímenes bien puede

el hijo hablar con dureza a su madre con tal que esa dureza tienda al bien y a la reparación y enmienda. Hamlet representó a su madre lo odioso del crimen, olvidando al rey su padre y casándose tan pronto con el asesino, lo que hacía sospechosas todas las promesas y juramentos de las mujeres y convertía la virtud en hipocresía, los matrimonios en juegos y la religión en farsa. Y le dijo que ella había cometido ese crimen, del cual el cielo tenía vergüenza y la tierra náuseas. Al mismo tiempo le mostró dos cuadros: uno del rey su primer marido y el otro de su segundo marido, y le hizo notar las diferencias. El primero, noble

y hermoso; el otro, feo, vil y repugnante. La reina sintió vergüenza al ver así su alma tan negra y deforme. Le preguntó Hamlet cómo podía vivir con ese hombre, asesino de su verdadero esposo, que se había apoderado de la corona como un ladrón.

Al hablar así, Hamlet fue interrumpido por el espectro de su padre, que entró en el aposento. Hamlet, aterrorizado, le preguntó qué deseaba, y el espectro le dijo que venía a recordarle la prometida venganza, al parecer olvidada, y le mandó que hablase a su madre en forma que ésta no muriese de

dolor y terror. Dicho esto se desvaneció. Sólo Hamlet le había visto, y aunque indicó a su madre dónde estaba, no pudo ésta verle y aun atribuyó la visión a la locura de su hijo. Pero Hamlet replicó que no era su locura, sino los pecados de ella, lo que hacía venir el espectro; y diciendo a su madre que le tomase el pulso y viese que no estaba loco, le suplicó, llorando, que confesara al cielo todo lo pasado y que en lo futuro se apartase del rey y no fuera su mujer; y cuando ella fuese para él buena madre, respetando la memoria de su padre, entonces él le pediría a ella como hijo la bendición. Prometió la reina que así lo haría, y se separaron. Entonces volvió Hamlet a pensar en la persona que él, en su temeridad, había matado tras las colgaduras, y al ver que era Polonio, el padre de Ofelia, su amada, lloró amargamente.

Esta inopinada muerte de Polonio le dio al rey un pretexto para enviar a Hamlet fuera del reino. Mejor hubiera querido hacerle matar, pues lo consideraba peligroso; pero temió al pueblo, que amaba mucho al príncipe, y a la reina que, no obstante sus faltas, adoraba a su hijo. Así este rey astuto, con pretexto de buscar la seguridad de Hamlet y de que no le pidiesen cuenta por el homicidio de Polonio, le hizo embarcarse en un barco con destino a Inglaterra al cuidado de dos cortesanos, por medio de los cuales despachó cartas a la corte

inglesa (entonces sometida y tributaria de Dinamarca) exigiendo que Hamlet fuera asesinado así que tomase tierra. Hamlet sospechó alguna traición y de noche pudo apoderarse de las cartas, borró diestramente su nombre, puso en su lugar el de los dos cortesanos y volvió a sellarlas y a ponerlas en su lugar. Poco después, el barco fue atacado por unos piratas, empezó una batalla y Hamlet, que era valiente, saltó espada en mano al barco enemigo, mientras el suyo escapaba cobardemente hacia Inglaterra con las cartas que llevaban los cortesanos para su propia destrucción.

Los piratas, que se apoderaron del príncipe, se mostraron nobles y buenos, y esperando de él protección y recompensa, le desembarcaron en el puerto más cercano a Dinamarca. Desde aquel puerto Hamlet escribió al rey contándole todo lo pasado, y diciéndole que al día siguiente se presentaría ante Su Majestad. Al llegar a su casa, lo primero que se ofreció a sus ojos fue un triste espectáculo: el funeral de la joven y bella Ofelia, antes su querida novia.

Ofelia, a la muerte de su padre, empezó a perder la razón. Al pensar que su padre había muerto violentamente por mano del príncipe, la pobre doncella tuvo tal trastorno que empezó a decir palabras incoherentes, y andaba dando flores a las damas de la corte para el entierro de su padre y cantando cánticos de amor y de muerte, algunos sin ningún sentido y cual si la infortunada hubiese perdido la memoria. A orillas de un arroyo había un sauce cuyas ramas se inclinaban sobre la corriente y en ella se reflejaban. A este arroyo fue Ofelia un día que no la vigilaban, y llevaba en sus manos guirnaldas de ortigas y margaritas y otras flores y hierbas, y queriendo colgar esas guirnaldas en las ramas del sauce, se rompió una rama y Ofelia, con sus guirnaldas, cayó en la corriente, donde flotó un rato cantando cánticos, hasta que ya empapados los vestidos se hundió en las aguas y murió. Laertes, hermano de Ofelia, celebraba

el funeral de su hermana ante el rey, la reina y la corte, cuando Hamlet llegó de su viaje. No sabía qué era aquello, pero no queriendo interrumpir la ceremonia, se estuvo quieto en un rincón. Vio las flores sobre el túmulo, según costumbre en los entierros de las doncellas, y a la reina que esparcía más flores y decía:
—¡Flores a la flor! Pensé, dulce niña, adornar tu lecho nupcial y no tu sepulcro; debías ser la novia de mi Hamlet.

Y oyó que Laertes, su hermano, deseaba que nacieran violetas en su tumba, y le vio saltar al hoyo loco de dolor, pidiendo a los presentes que le echasen tierra encima para ser enterrado con su hermana. Hamlet sintió renacer en su pecho el amor a Ofelia, y no pudo sufrir que Laertes mostrara tal dolor, creyendo que él amaba a Ofelia más que mil hermanos. Y descubriéndose, saltó también a la fosa, más loco que Laertes, y este, sabiendo que Hamlet era la causa de la muerte de su padre y hermana, le asió furiosamente por el cuello hasta que los presentes los separaron. Después del funeral, Hamlet se excusó de haberse lanzado a la fosa como desafiando a Laertes, cuando sólo fue por no poder sufrir que otro le sobrepujase en dolor por la muerte de la bella Ofelia. Así, por entonces, los dos jóvenes parecieron reconciliados.

Pero del dolor y enojo de Laertes quiso el rey sacar la destrucción de Hamlet. Indicó a Laertes que con pretexto de paz y concordia desafiase a Hamlet a una prueba de destreza en la esgrima amistosamente; y, aceptando Hamlet, se señaló el día. En este acto estuvo presente toda la corte. Laertes, por indicación del rey, preparó un arma con la punta envenenada. Se cruzaron grandes apuestas entre los cortesanos, que sabían la gran destreza de ambos combatientes. Hamlet escogió un florete sin punta, no sospechando la traición de Laertes ni examinando su arma, que tenía punta y además envenenada. Al principio Laertes sólo jugueteaba con Hamlet y le permitió algunas ventajas que

el maligno rey ponderó con exceso, brindando por el éxito de Hamlet y haciendo por él grandes apuestas. Después de unos pasos, Laertes se animó repentinamente y dio una estocada a Hamlet con la punta venenosa. Hamlet, herido y enojado pero no sabiendo aún la traición, arremetió con brío y en la lucha tomó el arma a Laertes y con ella, envenenada, dio a su contrario una punzada terrible. En aquel instante la reina dio un grito diciendo que ella misma estaba envenenada y cayó muerta. Se había bebido una copa que el rey tenía preparada para Hamlet en el caso de que Laertes no le matase. El rey no se lo había dicho a la reina y, sin sospecharlo, esta se bebió el mortal veneno. Hamlet sospechó una traición y mandó cerrar las puertas para descubrirla, pero Laertes le dijo que no buscarse, porque él mismo era el traidor; y contó cómo estaba envenenada la punta del arma, y que él se moría y Hamlet no viviría mucho. Pidió a este perdón y acusó al rey de ser el inventor de todo. Al oírlo, Hamlet tomó el arma envenenada y la hundió furiosamente en el corazón del rey, cumpliendo así su venganza contra el gran asesino. Y sintiéndose ya morir, Hamlet se dirigió a Horacio, su amigo, que había estado presente, y le dijo que no se matase, como parecía intentar, sino que viviese y contase por el mundo aquella atroz historia. Lo prometió Horacio, y Hamlet se rindió satisfecho a la muerte. Horacio y los demás presentes encomendaron el alma de su buen príncipe a la guarda de los ángeles, porque Hamlet era bueno, dulce y noble, y si otra hubiera sido su estrella hubiese resultado un gran rey de Dinamarca.

6

Noche de Reyes

EBASTIÁN y Viola, señor y señora de Mesalina, eran hermanos gemelos y

tan parecidos desde el nacimiento que, a no ser por la diferencia del traje,

nadie podía distinguirlos. Nacieron ambos a un tiempo, y a un tiempo estuvieron a punto de perecer

en un naufragio durante un viaje por las costas

de Iliria. El barco en que navegaban se estrelló contra una roca, y pocos escaparon con vida. El capitán y algunos marineros se salvaron en un bote y se

llevaron consigo a Viola; pero esta pobre señora, en vez de alegrarse por su salvación, empezó a lamentar la pérdida de su hermano. El capitán del barco la consoló, asegurándole que había visto a Sebastián, fuerte y sereno, asido a un gran mástil después del naufragio, y que seguramente se habría salvado. Viola se consoló algo con esta esperanza, y se puso a pensar cómo se arreglaría en un país extraño, tan lejos de su casa. Preguntó al capitán si conocía Iliria.

—Sí, señora, muy bien —respondió el capitán—; nací a unas tres leguas de este lugar.

—¿Y quién gobierna allí? —añadió Viola.

Le contó el capitán que Iliria estaba gobernada por Orsino, duque muy noble por su dignidad y por su carácter. Viola dijo que había oído a su padre hablar de Orsino y que por entonces el duque era soltero.

—Y aún ahora lo es —dijo el capitán—, o lo era hace poco; pues cuando salí, hará cosa de un mes, todos hablaban (como es costumbre en el pueblo) de que Orsino cortejaba a la bella Olivia, doncella virtuosa, hija de un conde muerto un año antes y bajo la protección de un hermano que también murió. Y

dicen que por amor a su hermano Olivia rechaza toda conversación con los hombres.

Viola, que también lloraba la pérdida de su hermano, deseó vivir con aquella señora que tan tiernamente lloraba la muerte del suyo. Preguntó al

capitán si podría presentarle a Olivia para servirla, y respondió aquel que esto

sería difícil, pues Olivia no admitía a nadie en su casa, ni siquiera al duque Orsino. Entonces Viola formó en su mente otro proyecto, y fue a servir en traje

de hombre y como paje al duque Orsino. Extraño capricho en una doncella el vestirse de muchacho, pero su situación de abandono para una doncella joven y de gran hermosura, sola y en tierra extranjera, puede ser una excusa aceptable. Vista la noble conducta del capitán y su interés por ella, Viola le comunicó su proyecto. Le pareció bien al capitán. Viola le entregó dinero y le suplicó que le proporcionase vestidos a propósito de la forma y color usados por su hermano Sebastián. Cuando Viola estuvo así vestida, se parecía de tal modo a su hermano que por esta causa vinieron varias equivocaciones, pues, como luego se verá, también Sebastián se había salvado.

El buen amigo de Viola, el capitán, una vez transformada la señora en caballero y rebautizada con el nombre de Cesario, cuidó de hacerle presentar al duque de Orsino. Muy complacido quedó este por la gracia y finos modales de aquel hermoso joven, y le admitió para servirle de paje como Viola deseaba. Tan bien cumplió sus deberes el nuevo paje, y tanta fidelidad y cariño mostró a su señor, que pronto fue el paje favorito. A Cesario confió el duque Orsino todo el cuento de sus amores con la señora Olivia. Contóle sus largos e inútiles cortejos, porque la dama rechazaba su amor y su persona hasta el extremo de negarse a recibirle. Por amor a Olivia, que tan mal le correspondía, el noble Orsino había dejado la caza y todos los ejercicios varoniles, y pasaba el tiempo en ocio y tristeza escuchando los sonidos afeminados de dulce música y amorosos cantares, y dejando la compañía de los señores nobles y sabios, pasaba el día conversando con su paje el joven Cesario. Los graves cortesanos murmuraban, pensando que el paje Cesario no era digna compañía para el gran duque Orsino.

Peligroso es para las doncellas ser confidentes de jóvenes y arrogantes duques. Bien lo experimentó Viola para su dolor, porque todos los tormentos

que sufría el duque por Olivia sufríalos Viola por el duque, y le parecía imposible que Olivia pudiese despreciar a tan noble y sin par señor, a quien

creyó que nadie podía contemplar sin la más profunda admiración. Por esto un día se atrevió a indicarle que era una lástima que el duque amase a una dama tan ciega para sus altas cualidades, y le decía:

—Si una dama, señor, os amase como vos amáis a Olivia (y quizá hay una que así os ama), y si vos no pudierais corresponderle, ¿no le diríais vos que no podéis amarla, y no debiera ella contentarse con esta respuesta?

Pero el duque no admitía esta razón, negando que una dama pudiese amarle a él como él a Olivia. Añadía que ningún corazón de mujer era bastante

grande para tan grande amor, y así no era justo comparar su amor a Olivia con el amor de una dama hacia él. Aunque Viola tenía la mayor deferencia a las opiniones del duque, no dejaba de pensar que en esto estaba equivocado, pues creía tener tanto corazón y amor como el duque, y le decía:

—¡Ah!... Pero yo sé, mi señor...

—¿Qué sabes, Cesario?

—Sé muy bien cuánto amor puede tener una mujer a un hombre. Las mujeres pueden ser tan leales como nosotros. Mi padre tuvo una hija que amó a

un hombre como yo quizá, si fuese mujer, amaría a su señoría.

—¿Y qué historia es ésa?

—Historia en blanco, señor. Nunca reveló ella su amor, sino lo dejó escondido como un gusano en un capullo de rosa. Lloraba en silencio, y con

verde y amarilla melancolía se sentaba como la Paciencia sobre una tumba, sonriendo al dolor.

Preguntó el duque si la dama había muerto de amor, y a esa pregunta

respondió Viola con una evasiva, porque probablemente había inventado la

historia para expresar su secreto y silencioso amor y dolor por Orsino.

Mientras así hablaban, llegó un caballero que el duque había enviado a

Olivia, y dijo:

—Señor, no pude lograr una entrevista con la dama, sino que recibí por la doncella esta respuesta: «Hasta después de siete años ni el cielo verá mi rostro, pues andaré velada como una monja en el claustro, regando mi aposento con las lágrimas en memoria de mi hermano difunto.»

—¡Oh! —exclamó el duque al oírlo—. La que tiene tan dulce corazón para pagar esa deuda de amor a su hermano muerto, ¡cómo sabrá amar cuando el dardo de oro haya herido su corazón! Ya sabes, Cesario, que te he revelado todos los secretos de mi pecho. Ve, joven bueno, vete a casa de Olivia. No cejes hasta lograr verla. Plántate en la puerta y di que tus pies echarán allí raíces hasta obtener una audiencia.

—Y si puedo verla, señor, ¿qué hago entonces?

—Entonces —replicó apasionadamente Orsino— despliega ante ella mi grande amor. Hazle un largo discurso acerca de mi lealtad. No te sentará mal exponerle mis desgracias, porque hará más caso de ti que de otras personas más graves.

Se fue Viola y emprendió el cortejo con escaso gusto, pues había de convencer a una dama para que se casase con su propio amado. Pero, habiendo

emprendido este negocio, cumplió con toda fidelidad.

Pronto supo Olivia que había en su puerta un joven que insistía en verla.

—Ya le dije que la señora está enferma —explicó la doncella—, y me respondió que ya lo sabía, y que por esto venía a verla. Le dije que la señora

descansaba; también pareció saberlo, y repitió que había de verla. ¿Qué le diré,

señora, pues parece más firme a cada negativa y quiere hablarle de todos modos?

Olivia sintió curiosidad de saber quién sería ese mensajero tenaz, y así dio orden de que pasara, y se echó el velo al rostro para recibir otro recado de Orsino, porque sin duda había de venir del duque.

Viola, al entrar, adoptó el aire más varonil que pudo, y con el más cortesano ademán de los pajes dijo a la dama velada:

—Radiante, exquisita, incomparable beldad, decidme si sois vos la señora de la casa, pues sentiría pronunciar mi discurso ante otra persona, porque está muy bien escrito y me costó mucho aprenderlo.

—¿De dónde venís, señor? —preguntó Olivia.

—No puedo decir sino que estudié, y la pregunta no me corresponde.

—¿Sois comediante?

—No, aunque tampoco soy lo que represento. ¿Sois la señora de la casa?

Respondió Olivia que sí, y entonces Viola, más deseosa de ver el rostro de la dama que de soltar su discurso, le dijo:

—Buena señora, dejadme ver vuestra cara.

No se ofendió Olivia por esta súplica atrevida, porque esta altiva beldad a quien el duque había amado en vano, a la primera vista sintió una pasión por el supuesto paje, el humilde Cesario. Al oír aquella súplica, dijo:

—¿Venís de parte de vuestro señor para negociar con mi cara?

Y olvidando su determinación de andar velada siete años, quitóse el velo diciendo:

—Pero corro la cortina para mostrar el cuadro; ¿no está bien?

—Es la misma hermosura: blancas y rubicundas mejillas, pintadas por la misma artista Naturaleza. Sois la más cruel señora si lleváis estas gracias a la

tumba sin dejar una copia.

—¡Oh, señor, no seré tan cruel! El mundo puede guardar inventario de mi belleza: dos labios, algo rojos; dos ojos, grises, con párpados; un cuello, una barbilla y lo demás. ¿Os enviaron para que me alabaseis?

—Ya veo lo que sois: muy orgullosa, pero hermosa. Mi señor os ama, y su amor podía ser correspondido aunque fuerais coronada como reina de la hermosura; porque Orsino os quiere con adoración y con lágrimas, con gemidos como truenos de amor y con suspiros como relámpagos de fuego.

—Vuestro señor ya sabe mi pensamiento. No puedo amarle aunque sé que es virtuoso, noble, rico y de una juventud fresca y sin mancha. Todos le proclaman sabio, cortés y valiente, pero no puedo amarle: ya lo sabe hace tiempo.

—Si yo os amase como mi señor, me haría una glorieta de sauce llorón a vuestras puertas y gritaría vuestro nombre y escribiría sonetos quejándome de Olivia y los cantaría en el corazón de la noche; vuestro nombre resonaría en las montañas y haría que el eco, el charlatán del aire, repitiese el nombre de Olivia: no os dejaría descansar hasta que os compadecierais de mí.

—Mucho podría hacer. ¿De qué familia sois vos?

—Más alta que mi fortuna; pero mi fortuna es buena: soy caballero.

Olivia, aunque deseaba prolongar la entrevista, despidió a Viola diciendo:

—Decid al señor que no puedo amarle y que no envíe más recados, a no ser que volváis vos para decirme cómo recibe mi respuesta.

Partió Viola, dando su adiós a la dama con el nombre de Bella Crueldad. Al quedar sola, Olivia repetía: «Más alta que mi fortuna; pero mi fortuna es buena: soy caballero».

Y añadió en alta voz:

—Juraría que lo es: su hablar, su rostro, sus miembros, su acción, sus ánimos, claramente demuestran que es caballero.

Y luego deseaba que Cesario fuese el duque, y notando que le quería mucho se reprendía a sí misma por su repentino amor. Pero estas íntimas

repreensiones se desvanecen pronto, y así Olivia, olvidando la desigualdad entre

su persona y el paje, como también la reserva que tan bien sienta en una doncella, resolvió ganarse el amor de Cesario y mandó tras él a un criado con

un anillo de diamantes, con pretexto de que él se lo había dejado como regalo

de Orsino. Esperaba Olivia que con este obsequio Cesario comprendería, y en

efecto comprendió. Como el duque no había enviado ningún anillo, Viola, al

recibirlo, recordó que Olivia tuvo para ella gestos y palabras de admiración, y

así sospechó que Olivia estaba enamorada.

—¡Ay! —se dijo Viola—. ¡Pobre señora! Tanto le valdría amar a un sueño.

Mala cosa es el disfraz, puesto que hace suspirar a Olivia por mi tan vanamente como yo por Orsino.

Viola llegó al palacio ducal y contó a Orsino el mal éxito del negocio,

repitiendo el mandato de Olivia que el duque no la molestase más. Pero el

duque no perdió la esperanza, y así mandó a Cesario que volviera al día siguiente. Entretanto, para matar el tiempo fastidioso, mandó Orsino que cantaran una vieja canción de amor, y decía:

—Mi buen Cesario, cuando anoche oí esta canción parecióme que mi

pasión se calmaba. Nota, Cesario, que es vieja y sencilla. Cántanla al sol las

comadres y las doncellas cuando tejen. Es tonta, pero me gusta porque muestra

la inocencia del amor en los tiempos antiguos.

Viola notó las palabras de la vieja canción, que con tal sencillez describían

las angustias del amor no correspondido, llamando a la muerte, al ciprés y a la

tumba; y expresó involuntariamente en su rostro el hondo sentimiento que el

canto le despertaba. Sus tristes miradas notólas Orsino, y le dijo:

—Por mi vida, Cesario, aunque eres joven, tus ojos han visto un rostro amado; ¿no es verdad?

—Tal vez, con perdón del señor —respondió Viola.

—¿Y quién es ella y de qué edad?

—De vuestra edad, señor, y muy parecida a vuestra señoría.

Sonrióse el duque al oír que el joven y apuesto Cesario amaba a una mujer de más edad que él y de rostro atezado; pero no sabía que Cesario era mujer y se refería a Orsino y no a una mujer que se le pareciese.

Cuando Viola hizo la segunda visita a Olivia ya no halló dificultad en verla.

Pronto conocen los criados que su señora se complace en recibir a los mensajeros jóvenes y galanos, y así al llegar Viola se abrieron las puertas de par

en par, y el paje del duque fue conducido con todos los respetos al aposento de Olivia. Cuando Viola dijo a la dama que volvía para interceder otra vez por su señor, respondió Olivia:

—Desearía que no me hablaseis más del duque. Si me hablaseis de otro amor, quizá le oiría con más gusto, cual si fuera la armonía de las esferas.

La cosa era clara, y Olivia se explicó aún más claramente, confesando ingenuamente su amor; y al ver disgusto y vacilación en la cara de Cesario,

díjole:

—¡Oh, qué hermosos parecen el desprecio y la ira en tus labios! Cesario, por las rosas de la primavera, por mi honor de doncella, por la misma verdad, te quiero tanto que a despecho del orgullo no puedo disimular mi pasión.

Pero en vano requebraba la señora. Viola escapó de su presencia

amenazando no volver más, ni siquiera por amor a Orsino, y toda la respuesta

que dio a las súplicas de Olivia fue: «Nunca amaré a una mujer.»

Al salir Viola de casa de la dama topó con una aventura superior a su valentía. Un caballero, pretendiente rechazado por Olivia, enterado de que ésta favorecía al paje del duque, le retó a mortal combate. ¿Qué había de hacer la pobre Viola, que si bien parecía hombre era mujer y temblaba de sólo mirar las espadas? Al ver a su formidable rival avanzando espada en mano, pensó confesar que era mujer; pero inopinadamente se vio libre de su terror y de aquella vergonzosa confesión, porque un forastero se acercó a ellos y, como si Cesario hubiera sido antiguo amigo, dijo al caballero:

—Si este joven es culpable, yo tomo su responsabilidad; y si vos le tocáis, conmigo empeñaréis combate.

Antes que Viola pudiese darle las gracias o preguntar el motivo de la protección, su amigo encontró enemigo con quien de nada sirve el valor: eran unos oficiales de la justicia que le detuvieron en nombre de la ley por faltas cometidas en otro tiempo. El forastero gritó a Viola:

—Éste es el resultado de ir en tu busca. Ahora la necesidad me obliga a pedirte mi bolsa, y más me duele no poder ayudarte que sufrir lo que sufro.

Pareces asombrado, pero no temas.

Viola estaba en verdad asombrada, y hubo de confesar que no conocía a su protector ni había recibido de él bolsa alguna; pero que, en justa correspondencia al favor recibido, le ofrecía una pequeña cantidad de dinero, todo el que tenía. El forastero dijo cosas terribles, acusando al joven de ingrato y cruel, y decía:

—Este joven que aquí veis yo lo saqué de las fauces de la muerte, y por él vine a Iliria y he caído en este peligro.

—¿Y esto qué nos importa? —dijeron los oficiales de la justicia.

Y se lo llevaron; y el prisionero llamaba a Viola con el nombre de Sebastián, riñéndole por negar a su amigo. Cuando Viola se oyó llamar Sebastián, aunque

no pudo pedir explicaciones al prisionero, conjeturó que tal misterio se explicaría por una confusión con su hermano, y tuvo esperanza de que éste

viviera, pues aquel hombre le había salvado.

Así era en verdad. El forastero, llamado Antonio, era capitán de barco y

había recogido a Sebastián a bordo, exhausto de fatiga, cuando flotaba en el

mástil en medio de la tempestad. Antonio trabó amistad con Sebastián, que

resolvió acompañarle a dondequiera que fuese, y cuando el joven resolvió visitar la corte de Orsino, Antonio fue también a Iliria, aunque con peligro de la

vida por haber herido en un combate naval a un sobrino del duque. Este era el motivo de haber caído prisionero.

Antonio y Sebastián habían desembarcado pocas horas antes del encuentro

con Viola. El capitán dio su bolsa al joven para que este se comprase lo que

quisiera en la ciudad, y quedaron en que luego se encontrarían en la posada.

Pero Sebastián tardó en volver; Antonio salió a buscarle y, encontrando a Viola,

que en traje de hombre parecía Sebastián, se puso naturalmente a protegerle.

Viola, una vez desaparecido el forastero, temiendo otra invitación a la lucha, escurrióse hacia su casa a todo correr. Poco después, el caballero que la

había desafiado creyó que volvía el paje Cesario, mas era Sebastián que casualmente pasaba. Y dijo el caballero:

—Veo, señor, que volvéis; ahí va eso.

Y al decir esto dióle un golpe. Sebastián no era cobarde: devolvió el golpe

algo más duro y tiró de la espada.

Una dama interrumpió el duelo: Olivia, que salió de su casa y, tomando

también a Sebastián por Cesario, invitóle a entrar en su palacio, doliéndose

mucho del ataque. Aunque Sebastián estaba tan sorprendido de la cortesía de la dama como de la rudeza del desconocido enemigo, entró con gusto en casa de Olivia, y ésta se animó al ver que Cesario (por tal le tenía equivocadamente) parecía más sensible a su amor. Porque, efectivamente, Sebastián encontraba admirable a la dama, aunque no comprendía aquel misterio y sospechaba que Olivia estaría loca. Observó más, y notó que la dama vivía en un buen palacio, que llevaba las cosas con toda discreción y que en todo, menos en aquel amor fulminante, parecía muy razonable. Así, no le pareció mal el cortejo, antes correspondió al amor con amor y a los piropos con piropos. Olivia, encontrando a Cesario con tan buenas disposiciones, temerosa de que cambiara de pensar, le propuso casarse al instante, ya que tenía sacerdote en casa. Accedió Sebastián con mucho gusto, y después de la boda salió breves momentos para contar a Antonio su buena fortuna.

Entretanto, el duque Orsino quiso intentar nuevamente una visita a Olivia.

Al llegar frente al palacio de su amada, los oficiales de la justicia le presentaron al prisionero Antonio. Con Orsino venía Viola o Cesario, y cuando Antonio le vio, creyendo todavía que era Sebastián, contó al duque la manera como había salvado al joven de los peligros del mar y cómo le había querido y protegido, y cómo por fin había correspondido a su favor, después de tres meses de andar juntos, con la más negra ingratitud.

En aquel momento salía Olivia de su casa, y el duque respondió:

—Ahí viene la condesa: el cielo anda por la tierra. En cuanto a ti, buen hombre, estás loco, porque este joven me sirve hace tres meses.

Y mandó que retirasen al prisionero. Pero la celestial condesa dio pronto motivo al duque de quejarse de Cesario como Antonio; porque todas las palabras dulces de Olivia

eran para el paje, y al oírlo el duque amenazó a

Cesario con todos los terrores de su justa venganza. Quiso partir, y dijo a

Cesario:

—Vente conmigo, muchacho: estoy dispuesto a la venganza.

Aunque parecía, por sus celos y sus palabras, que el duque había de matar a Cesario al instante, éste, animado por su amor, respondió que con gusto

moriría para dar gusto a su dueño. Pero Olivia no quería perder a su esposo, y

gritó:—¿Adónde va mi Cesario?

—Tras el que quiero más que a mi vida —respondió Viola.

Pero Olivia impidió la partida proclamando a voces que Cesario era su

marido, y llamó al sacerdote, el cual declaró que había casado a Olivia y Cesario

aún no hacía dos horas. En vano protestaba Viola: el testimonio de Olivia y del

sacerdote convencieron a Orsino de que su paje le había robado su tesoro. Pero,

viendo ya el daño irremediable, el duque se despedía de su infiel amada y del

joven disimulador, su marido, cuando apareció una especie de milagro, otro

Cesario que saludó a Olivia como esposa: era Sebastián, el verdadero marido de

Olivia. Pasado el primer asombro de ver a dos personas iguales en rostro, en

voz, en vestido, en todo, empezaron estas dos personas a preguntarse mutuamente, se aclaró el misterio y Viola hubo de declarar que no era hombre,

sino mujer, la hermana de Sebastián. Se rieron mucho de la condesa Olivia, que

se había enamorado de una mujer, pero Olivia se quedó muy tranquila porque

el error le había dado un buen marido.

El duque Orsino, perdida toda esperanza por aquel matrimonio, perdió

también todo amor a la condesa, y todos sus pensamientos se concentraron en

la transformación de su favorito Cesario en la hermosa Viola. Miró a la nueva

señora con gran atención, recordó cuan hermosa era cuando le servía de paje, y creyó que sería más hermosa en sus propios atavíos. Recordó también las expresiones amorosas del paje, enigmáticas a veces, con doble sentido, y comprendió que Viola sería una esposa ideal, y le dijo:

—Mil veces me dijiste que me querías, mil veces me llamaste señor: ahora tú serás la señora de tu señor y la duquesa del duque.

La condesa Olivia, viendo muy contenta que las cosas iban por tan buen camino, invitó a todos a entrar en su palacio y ofreció los servicios del buen sacerdote que la había casado. El duque aceptó el ofrecimiento. Así, Viola y Sebastián se casaron el mismo día, y el terrible naufragio que sufrieron los llevó a la más alta fortuna: Viola fue la duquesa de Iliria, y Sebastián el marido de Olivia, la noble y riquísima condesa.

7

El sueño de una noche de

verano

En la ciudad de Atenas existía una ley que daba al ciudadano el derecho de casar a su hija con quien el padre quisiera, y de condenarla a muerte en el caso de que la hija rehusase. Como los padres no gustan de matar a sus hijas aunque sean un poco díscolas, pocas veces se llevaba la ley hasta el extremo, si bien es muy probable que los padres amenazaran a sus hijas rebeldes con aquellos terrores.

Hubo, sin embargo, el caso del anciano Egeo, que acudió al duque de Atenas para quejarse de su hija Hermia, que se negaba a casarse con Demetrio, joven de una noble familia ateniense, porque amaba a otro joven llamado Lisandro. Egeo pidió justicia a Teseo, el duque, exigiendo que se cumpliera aquella cruelísima ley.

Hermia excusó su desobediencia exponiendo que Demetrio había hecho el amor a su amiga Helena, y que Helena quería a Demetrio hasta la locura; pero este honroso motivo no conmovía al anciano y severo Egeo. El duque, aunque noble y clemente, no podía alterar las leyes del país, por lo que sólo pudo conceder a Hermia un plazo de cuatro días para meditar. Si terminado el plazo insistía en su negativa, Hermia habría de ser condenada a muerte.

Cuando Hermia salió de la presencia del duque, se fue con su amante Lisandro y le contó el peligro en que estaba, debiendo casarse con Demetrio o morir en el plazo de cuatro días.

Lisandro se afligió sobremanera al oír tan malas noticias, pero, recordando que tenía una tía a cierta distancia de Atenas, y que allí no regía aquella espantosa ley, propuso a Hermia que por la noche se fugase de casa de su padre, que él la llevaría a casa de su tía, donde podrían casarse fácilmente.

—Nos encontraremos —añadió Lisandro— en el bosque próximo a la ciudad, donde tantas veces hemos paseado con Helena en el placentero mes de mayo.

Accedió a esto alegremente Hermia, y a nadie reveló el secreto de su fuga, excepto a su amiga Helena. Pero ésta, tonta como suelen ser las jóvenes enamoradas, corrió a decirlo a Demetrio, perjudicando así a su amiga Hermia y sin provecho propio, porque no por ello la querría mejor el desencantado amante.

El bosque donde Hermia y Lisandro habían de encontrarse era el lugar favorito de las hadas. Oberón era su rey y Titania la reina. Estos reyes de las hadas tenían numeroso séquito y en el bosque celebraban sus nocturnos y alegres festines.

Entre el rey y la reina había por aquel tiempo una triste discordia. Cuando topaban de noche, a la luz de la luna, en aquellas alamedas, se ponían a disputar y reñir acremente, y las pequeñas hadas, llenas de miedo, se escondían

en las copas de las bellotas. La causa de la discordia era que la reina Titania se negaba a entregar al rey Oberón un niño, hijo de una amiga de la reina, que esta robó al morir la madre y que entonces se lo llevó consigo al bosque.

La noche en que los amantes habían de encontrarse, Titania, paseando por el bosque con sus doncellas de honor, encontró a Oberón con su séquito de cortesanos.

—Mal encuentro a la luz de la luna, orgullosa Titania —exclamó el rey.

—¡Cómo! ¿Eres tú, celoso Oberón? —replicó la reina—. Hadas, huyamos, que no quiero su compañía.

—Espera, temeraria —dijo Oberón—. ¿No soy tu señor? ¿Por qué se opone la reina al rey? Dame tu niño para hacerlo mi paje.

—Puedes estar tranquilo —respondió la reina—. Ni tú ni todos tus cortesanos juntos podréis tomar mi niño.

Y Titania, llena de ira, dejó a su señor.

—Bien, vete —exclamó Oberón—; antes del alba castigaré esta injuria.

Y Oberón hizo llamar a Puque o Robín, su consejero favorito. Era Robín un duende astuto y pícaro que solía armar cómicos juegos en las vecinas aldeas. A veces se metía en los establos y espumaba la leche, o se ponía en la vasija de la manteca para impedir su formación. Cuando los mozos se reunían para tomar cerveza, Robín estropeaba de antemano la bebida. Si unos vecinos se reunían, se introducía Robín, en forma de cangrejo asado, en el vaso, y cuando una vieja iba a beber, brincaba en sus labios y la cerveza se derramaba. Y si una señora anciana se sentaba gravemente para contar un cuento melancólico, Robín por detrás le retiraba el asiento y se caía grotescamente la anciana, mientras las

comadres reventaban de risa.

—Ven acá, Robín —dijo Oberón a este duende nocturno y alegre—: tráeme

la flor que las mozas llaman Amor en Ocio, cuyo jugo derramado en los párpados de los que duermen hace que al despertar chocheen de amor por lo

primero que ven. Quiero echar ese jugo en los párpados de Titania cuando

duerma, y al despertar se enamorará de lo primero que vea, sea un león, un oso,

un mono; y antes de quitarle este hechizo por medio de otro hechizo que yo sé, le haré que me dé el niño para hacerle mi paje.

Robín, entusiasta de los enredos, corrió a buscar la flor para divertirse con

la alegría del rey. Entretanto, Oberón vio a Demetrio y Helena que entraban en

el bosque, y oyó que Demetrio reñía duramente con Helena porque esta le

seguía, y la abandonó a las fieras huyendo de ella a todo correr.

El rey de las hadas, siempre amigo de los verdaderos amantes, sintió gran

compasión por Helena, a quien tal vez ya conocía desde que había andado por

aquel bosque a la luz de la luna cuando Demetrio aún la amaba. Al volver

Robín con la florecita deseada, le dijo Oberón:

—Toma una parte de esta flor y busca a un joven ateniense que corre por el

bosque, desdeñoso de su novia. Si le hallas dormido, échale en los párpados

unas gotas de ese jugo, pero hazlo cuando esté cerca su novia, para que al

despertar se enamore de ella. Conocerás al joven por su traje ateniense.

Robín prometió cumplir el encargo con la mayor destreza, y Oberón se fue

a hurtadillas a la glorieta de Titania, donde ésta se disponía al descanso. Esta

glorieta estaba a las orillas de una fuente alfombrada de tomillo y violetas y con

un dosel de rosas y eglantinas. Allí dormía Titania una parte de la noche cubierta con la esmaltada piel de una serpiente, abrigo suficiente para envolver

a un hada. Oberón halló a Titania dando órdenes a sus hadas sobre lo que

debían hacer mientras ella dormía.

—Algunas —decía Su Majestad— mataréis los insectos de los capullos de rosas, otras perseguiréis a los murciélagos para quitarles la suave piel de sus alas y confeccionar abrigos para los pequeños duendes, y otras vigilaréis para que la lechuza no se acerque a mí cuando duerma. Y primero cantadme una canción para dormirme.

Las hadas entonaron sus dulces cánticos y fueron cantando hasta que la reina se durmió, tras lo cual se fueron a sus ocupaciones. Entonces Oberón entró silenciosamente en la glorieta y derramó unas gotas del jugo de amor en los párpados de la reina dormida, diciendo:

*Lo que veas al despertar
no podrás menos de amar.*

Hermia había huido ya de casa de su padre para evitar la muerte a que estaba condenada por negarse al matrimonio con Demetrio. Al entrar en el bosque, halló a su querido Lisandro que ya la aguardaba para llevarla a casa de su tía. Antes de terminar el paso del bosque, Hermia se sintió muy fatigada, y el enamorado Lisandro le aconsejó que descansara un rato sobre el suave césped, y allí se durmieron ambos. Llegó por allí Robín, y viendo al joven dormido y juzgando por su traje ateniense que era el que buscaba, y viendo también a su lado a la hermosa dama igualmente dormida, conjeturó que eran aquellos los amantes indicados por el rey, y echó el jugo de amor en los párpados de Lisandro. Pero luego llegó Helena vagando por el bosque, y ella fue lo primero que vio Lisandro al despertar. Tan poderoso era el hechizo de amor, que Lisandro quedó enamorado de Helena y olvidó completamente a Hermia, que aún estaba durmiendo.

Grande fue la desgracia ocasionada por la equivocación de Robín. Helena,

perdido ya de vista al desdeñoso Demetrio, había llegado cansada y triste donde Lisandro estaba durmiendo, y se dijo:

—¡Ah!, este es Lisandro; ¿está muerto o dormido?

Y tocándolo suavemente añadió:

—Buen señor, si estáis vivo despertad.

Lisandro abrió los ojos, y forzado por el hechizo empezó a requebrarla de un modo extravagante, diciéndole que era superior a Hermia como el pichón al cuervo, que por su amor era él capaz de meterse en una hoguera, y así otras frases de exaltado amor. Helena, sabiendo que Lisandro era novio de su amiga Hermia y que estaba ya comprometido a casarse con ella, se enfureció al oírse así requebrada, porque se figuró que Lisandro se burlaba de ella.

—¡Oh! —exclamaba—. ¿Por qué nací para ser despreciada y burlada de todos? ¿No basta, joven, que me desprecie Demetrio, sino que tú también te burles de mí cortejándome de tan desdeñosa manera? Creí, Lisandro, que eras un noble caballero.

Y diciendo estas palabras con gran enojo, escapó corriendo; y Lisandro corrió tras ella, olvidado de su Hermia que seguía dormida.

Hermia, al despertar, se espantó de hallarse sola y se puso a vagar por el bosque sin saber qué sería de Lisandro. Entretanto, Demetrio, desesperado de hallar a Lisandro y Hermia, y fatigado por sus inútiles pesquisas, fue visto dormido por Oberón, el rey de las hadas. Oberón, por las respuestas de Robín, había comprendido que este se había equivocado; se acercó a Demetrio y le echó el jugo de amor en los párpados. Demetrio despertó al instante, y lo primero que vio fue a Helena, y empezó a requebrarla. Luego llegó Lisandro, seguido de Hermia, y continuó en sus requiebros a Helena. Así, Helena se vio

sitiada por los dos hechizados jóvenes, y pensó que los dos, y Hermia también, se habían confabulado para burlarse de ella.

Hermia no estaba menos sorprendida que Helena, y no sabía por qué Lisandro y Demetrio, antes sus amantes, lo eran ahora de Helena. Hermia no creyó que aquello fuese burla, y así, irritadas las dos amigas, se maltrataron de palabra.

—Hermia cruel —gritaba Helena—, tú eres quien moviste a Lisandro para que se burlase de mí con falsos elogios, y a Demetrio, que me despreciaba, para que me llamase diosa, ninfa, preciosa y celeste. No me hablaría este así, él que me odia, si tú no se lo mandases para burlarte de mí. Cruel, que te juntas con hombres para despreciar a tu pobre amiga. ¿Olvidaste nuestra amistad de la infancia? ¡Cuán a menudo, Hermia, nos sentábamos las dos en una misma almohada, cantando juntas un mismo canto, trabajando con las agujas en la misma flor, creciendo como una cereza doble al parecer unidas! Hermia, no es de amigas ni es propio de una doncella el confabularse con hombres para menospreciar a tu pobre amiga.

—Estoy espantada de tus palabras —replicó Hermia—; no te desprecio a ti, sino tú a mí.

—Sí —repuso Helena—; persevera, fingete seria, y cuando vuelvo la espalda me haces visajes y guiñas a los hombres para burlarte de mí. Si tuvieras compasión y estuvieras bien educada, no me tratarías de esta manera.

Mientras Hermia y Helena reñían así de palabra, Demetrio y Lisandro se retiraron para disputarse con las armas el amor de la última. Y al ver las mujeres que los hombres se habían ido, se separaron para buscarlos por el bosque.

Así que desaparecieron, el rey de las hadas, que había visto y oído aquellas discordias, dijo al pequeño Robín que le acompañaba:

—Esto ha sucedido por tu negligencia, o ¿lo hiciste de propósito?

—Creedme, rey de las sombras —respondió Robín—, fue un error. ¿No me dijisteis que podía conocer al joven por su traje ateniense? Pero no importa, porque esto es muy divertido.

—Oíste —dijo Oberón— que Demetrio y Lisandro buscan un lugar donde desafiarse. Anda, alza una densa niebla en la noche y extravía a los amantes para que no se encuentren. Imita sus voces y provócalos separadamente para que te sigan, y cuando estén rendidos de fatiga y se duerman, echa el jugo de amor en los párpados de Lisandro, y haz de modo que al despertar vea primero a Hermia. Así volverán a su buena pasión las dos parejas, y creerán que lo pasado fue un sueño. Listo, Robín, que yo voy a ver a mi Titania.

Titania estaba durmiendo todavía, y Oberón vio cerca de ella a un payaso que se había extraviado en el bosque y estaba también dormido.

—Este será el amado de Titania —pensó el rey.

Y tomando una cabeza de asno, plantóla en la cabeza del payaso con tal arte que parecía natural. Aunque Oberón había puesto muy suavemente la cabeza de asno, el payaso despertó y, sin saber su nueva figura, entróse en la glorieta donde la reina dormía.

—¡Ah! ¿Qué ángel es el que yo veo? —exclamó Titania abriendo los ojos bajo el influjo de la flor—. ¿Eres tan discreto como pareces hermoso?

—¡Ah, señora! —respondió el payaso—. Si tengo bastante ingenio para salir del bosque, no necesito más.

—¿Salir del bosque? —dijo la reina enamorada—. Eso no. Yo soy un espíritu muy alto. Yo te quiero. Quédate conmigo y te daré hadas que te sirvan.

Y la reina llamó a cuatro hadas cuyos nombres eran Guisante, Telaraña, Polilla y Mostaza.

—Servid a ese caballero —les dijo la reina—; saltad y brincad ante él y dadle a comer uvas, albaricoques y la miel de las abejas. Ven, siéntate a mi lado —dijo al payaso— y déjame jugar con tus amables y pilosas mejillas, mi dulce borrico, y besar tus bellas y largas orejas, mi gozo y mi encanto.

—¿Dónde está Guisante? —preguntó el payaso, sin dar importancia a los requiebros de la reina, pero muy orgulloso de sus servidores.

—Aquí, señor —dijo el pequeño Guisante.

—Ráscame la cabeza —dijo el payaso—. ¿Dónde está Telaraña?

—Aquí, señor.

—Buen Telaraña, mátame aquella abeja encarnada que hay en aquel cardo.

Y buen señor Telaraña, tráeme el tarro de miel con todo cuidado. ¿Dónde está Mostaza?

—Aquí, señor; ¿qué desea?

—Señor Mostaza, que ayude a Guisante a rascarme. He de ir a un barbero, porque me parece que estoy muy barbudo.

—Dulce amor —dijo la reina—, ¿qué quieres para comer? Tengo un hada que puede buscar la despensa de la ardilla y traer avellanas.

—Mejor un puñado de guisantes —dijo el payaso, que sentía apetito asnal desde que tenía cabeza de asno—. Pero no dejéis que me estorben, que quiero dormir.

—Duerme, pues —dijo la reina—, y te meceré en mis brazos. ¡Oh, cuánto te quiero! ¡Qué loca estoy por tu amor!

Entonces apareció el rey y reprendió a la reina por sus amores con el asno.

No pudo negar la reina, pues que aún tenía en sus brazos al asno coronado de flores. Oberón la reprendió más y le exigió el niño, y la reina, avergonzada, no se atrevió a negárselo.

Conseguido su intento, Oberón se compadeció de la situación de la hechizada Titania y le echó en los ojos el jugo de otra flor, con lo cual la reina

perdió el hechizo, volvió en sí y se maravilló de su locura al amar a tan extraño monstruo. Oberón y Titania se reconciliaron, y quisieron luego ir juntos para ver en qué paraban las aventuras de los cuatro amantes.

El rey y la reina de las hadas hallaron a las dos parejas durmiendo sobre el césped, no muy distantes una de otra; porque Robín, para enmendar su error, cuidó con todo esmero de llevarlos a todos al mismo sitio sin que lo supieran, y había quitado ya el hechizo a Lisandro con el antídoto que el rey le había dado.

Primero despertó Hermia, y viendo a Lisandro dormido cerca, le contemplaba pensando en su extraña inconstancia. Lisandro abrió los ojos y, libre ya del hechizo, viendo a su Hermia, la amó como antes y empezaron a hablar de las aventuras de la noche, dudando si todo aquello habría sido una pesadilla.

Helena y Demetrio despertaron también, y sosegada ella por el sueño, escuchó con placer los requiebros de él y creyó que eran sinceros.

Y las bellas damas, rivales en las aventuras de la noche, volvieron a ser buenas amigas, se perdonaron las malas palabras y consultaron juntas qué

debía hacerse en la nueva situación de las cosas. Se acordó que Demetrio, pues, dejara sus pretensiones a la mano de Hermia y procurase obtener del padre de ella que se revocase la sentencia de muerte. Demetrio se preparaba a volver a

Atenas para este amistoso fin, cuando todos quedaron sorprendidos por la aparición de Egeo, que andaba por el bosque en busca de su hija fugada.

Cuando el anciano se enteró de que Demetrio no pretendía a su hija Hermia, dejó ya de oponerse al matrimonio de ella con Lisandro y dio su consentimiento para que se celebrase la boda al cuarto día, el mismo en que debía ejecutarse la sentencia de muerte.

Helena y Demetrio, nuevamente enamorados, quisieron también que en el mismo día y hora se celebrase su boda.

El rey y la reina de las hadas, invisibles espectadores de esta reconciliación, viendo el final feliz de los amantes llevado a término por los buenos oficios del rey, se llenaron de gozo y resolvieron celebrar las próximas fiestas nupciales con juegos en todo su reino.

Y ahora, si alguien se molesta por este cuento de hadas creyéndolo extraño e increíble, imagine que ha estado soñando todas estas aventuras, y así es de esperar que ningún lector se sienta ofendido por este inocente *Sueño de una noche de verano*.

Document Outline

- [Shakespeare cuenta...](#)
- **[**Charles y Mary Lamb**](#)**
- [Índice](#)
- [1](#)
 - [Romeo y Julieta](#)
- [2](#)
 - [El rey Lear](#)
- [3](#)
 - [Otelo](#)
- [4](#)
 - [Macbeth](#)
- [5](#)
 - [Hamlet](#)
- [6](#)
 - [Noche de Reyes](#)
- [7](#)
 - [El sueño de una noche de verano](#)